

Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Larry Hutton

La campana



EDICIONES FORUM

ASTRI



A

TERROR

LARRY HUTTON

LA CAMPANA



LA CAMPANA

LA CAMPANA

© LARRY HUTTON

Texto

©

Cubierta

1.ª edición: junio de 1992

Esta publicación es propiedad de

EDITORIAL ASTRI, S.A:

Secretario Coloma, 121, bajos

08024 - BARCELONA

ISBN: 84-169-0088-2

Depósito legal: 39.221 - 1992

Imprime CRONION

Tel. 336 42 13

08004 Barcelona

Printed in Spain - Impreso en España

Hacía por lo menos cinco años que Jonathan Mills no había estado en Londres.

Como en aquella lejana ocasión, la ciudad le provocó un gran aturdimiento y un profundo sentimiento de rechazo.

—Por suerte —se tranquilizó a sí mismo al salir de la estación—, emprenderé el viaje de regreso a Whiteland esta misma tarde.

Había tomado el tren en Carlisle; el expreso que procedía de Glasgow. Pero antes había tenido que recorrer, en un desvencijado vehículo, el camino que separaba su pueblo natal, enclavado casi en la frontera con Escocia, de la estación de tren más cercana.

— ¡Están locos! —gruñó con desaprobación al observar a la gente que pasaba por su lado.

Los transeúntes se empujaban unos a otros, como si tuvieran una inusitada prisa por llegar al sitio al que se dirigían.

Caía una fría llovizna, pero casi nadie llevaba abierto el paraguas.

A Jonathan Mills, acostumbrado a las inclemencias del tiempo, no le importaba la lluvia.

Lo que le importaba, únicamente, era encontrar aquella maldita dirección.

El doctor Gowan, el médico de Whiteland, se la había anotado en un papel.

Jonathan Mills sacó el papel del bolsillo y se dirigió a un hombre que acababa de comprar una revista en un puesto de periódicos.

—Perdóneme —dijo—, ¿podría usted...?

—Tengo prisa —respondió con malos modos el hombre que había comprado la revista—. No me interesa la propaganda.

— ¿Propaganda? —se asombró Mills, observando como el tipo se alejaba a toda prisa.

Con el papel todavía en la mano, se acercó al vendedor de periódicos, ocupado en aquel momento en resguardar su mercancía impresa con unos plásticos transparentes.

— ¡Maldita lluvia! —gruñó.

— ¡Ejem! —tosió Mills.

— ¿Qué desea, amigo? —preguntó el vendedor.

—Quisiera saber dónde está esta dirección.

— ¡Hum! —dijo el vendedor de periódicos, echando una ojeada al

papel—. Se halla usted bastante lejos de este lugar, amigo. Tome el metro en Charing Cross y...

— ¿No puedo ir a pie?

El vendedor observó a Mills con curiosidad. Era indudable que aquel tipejo no estaba acostumbrado a desenvolverse con soltura en una gran ciudad.

— ¿No puedo ir andando? —repitió Mills.

—Sí, claro —se rascó el cogote su informador—, pero hay una buena tirada. Lo mejor es que tome el metro donde le he dicho y baje en Baker Street. Una vez allí...

—No —movió la cabeza Mills.

— ¿No? ¿Por qué?

—La otra vez que estuve en Londres, hace cinco años, cometí la imprudencia de utilizar ese diabólico artefacto y le aseguro que lo pasé muy mal.

— ¿Acaso sufre usted de claustrofobia?

— ¿Qué es eso? —preguntó con cierto recelo Mills.

—Una especie de enfermedad.

—Yo no estoy enfermo. A pesar de lo que dice el doctor Gowan, me encuentro perfectamente.

—Entonces, ¿por qué va a ver a otro médico?

— ¿Eh? ¿Cómo sabe que voy a ver otro médico, amigo?

—Porque lo dice en la dirección que me ha enseñado.

— ¡Oh! —hizo una mueca Mills— Sí, claro. Voy a ver al doctor Shipley.

Y como el otro le observara con una expresión que él creyó un tanto maliciosa, se apresuró a puntualizar:

—Pero no estoy enfermo.

—Bueno —se encogió de hombros el vendedor—, eso es cuenta suya. Por desgracia, yo no puedo decir lo mismo.

—Lo siento.

—La artrosis, ¿comprende?

Y se tocó el brazo.

—A mí no me duele nada.

— ¡Vaya suerte!

—Porque lo de la campana —dijo Mills, tocándose la cabeza con la mano izquierda—, no puede decirse que sea una enfermedad. Es algo molesto, por supuesto, pero no me produce dolor alguno.

— ¿La campana?

—Sí —volvió a tocarse la cabeza Jonathan Mills—. ¿No la oye?

—La única campana que puedo oír en estos momentos es la del «Big Ben».

— ¡Oh! Yo me refiero a otra campana; una campana que...

El hombre del puesto de periódicos tuvo que atender a varios

compradores y dejó de prestar atención a Mills.

Cuando se despejó la situación, el vendedor observó, no sin disgusto, que aquella especie de campesino endomingado, con su bufanda a cuadros y su gorra color de avellana, seguía todavía allí, fastidioso como un tábano, y con su maldito papel en la mano.

Fingió ignorar su presencia, pero todo fue inútil.

—Entonces —dijo Mills, con la expresión de un náufrago que intenta agarrarse a una tabla de salvación—, ¿no puede indicarme el modo de llegar a Marylebone Road?

—Tome el metro, ya se lo he dicho.

—No —se estremeció Mills—. No quiero que me ocurra como la otra vez.

— ¿Qué le ocurrió?

—Me perdí.

— ¡Oh! En tal caso... ¿Tiene dinero?

— ¿Por qué me lo pregunta? —se inquietó el atolondrado visitante de la gran ciudad, colocando su mano sobre el bolsillo donde llevaba la cartera.

—Por nada, amigo —respondió el vendedor, adivinando la desconfianza de su interlocutor—. Solo quería sugerirle que tomara usted un taxi.

—No soy un hombre rico.

—Bueno, aunque últimamente han subido las tarifas, no creo que vaya a arruinarse por una carrera hasta Marylebone Road.

—Entonces...

—Le deseo una feliz estancia en Londres, amigo —le despidió el vendedor, simulando que estaba muy ocupado arreglando un montón de revistas mal apiladas.

Jonathan Mills fue a decir algo, pero lo pensó mejor y siguió avanzando por la acera.

— ¡Taxi! —llamó, alzando la mano.

— ¡Vaya! —suspiró el vendedor al observar que Mills se metía dentro del vehículo—. ¡Por fin me he librado de ese tipo!

2

La calle en la que el doctor Shipley tenía su consulta desembocaba en el Regent's Park.

Jonathan Mills descendió del taxi y avanzó por la acera, buscando el número que llevaba anotado en el papel.

—Aquí es —murmuró, deteniéndose ante un portal.

La enfermera que le abrió la puerta le condujo hasta una sala de espera, en la que estaban sentados dos hombres y una mujer.

Los dos hombres no levantaron la vista de las revistas que estaban ojeando; solo la mujer le lanzó una mirada inquisitiva.

La espera se prolongó por espacio de una hora. Cuando le tocó el turno, la enfermera hizo entrar a Mills.

El doctor Shipley era un hombre calvo y bajito que usaba unos lentes de montura metálica y de gruesos cristales.

—Siéntese, por favor —le dijo a Mills, mientras le observaba por encima de las gafas.

Mills obedeció, ocupando con cierta aprensión el borde del sillón destinado a los clientes.

—Traigo una carta del doctor Gowan —dijo, un poco intimidado por el ambiente un tanto aséptico y funcional que le rodeaba, tan distinto al que se respiraba en la consulta del médico de su pueblo.

—Veamos —tendió la mano el doctor Shipley.

Mills le alargó un sobre cerrado que había sacado del bolsillo interior de su chaqueta.

—El doctor Gowan me aseguró que usted...

—Sí, claro, claro —le atajó con expresión distraída el doctor Shipley, mientras abría el sobre con un afilado abrecartas de metal dorado—. ¿Cómo está ese granuja?

— ¿Se refiere al doctor Gowan?

—Por supuesto. Hace un montón de años que no le echo la vista encima. Estudiamos juntos, ¿sabe?

—Está perfectamente —dijo Mills, respondiendo a la anterior pregunta.

— ¡Perfecto! —exclamó el doctor Shipley, en un tono que evidenciaba lo poco que le importaba que su antiguo compañero de estudios estuviera bien o mal de salud.

Sin embargo, una chispa de interés brilló en sus ojos cuando terminó la carta de su colega.

— ¡Vaya! —se quedó observando atentamente a Mills—. Y usted, amigo mío, ¿cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias.

— ¿Bien? —torció el gesto el doctor Shipley—. Aquí dice que usted...

—Ignoro lo que el doctor Gowan dice de mí en esta carta, doctor Shipley, pero le aseguro que yo me encuentro muy bien.

— ¿De veras?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué fue a ver a mi estimado colega?

—No fui a su consulta, si es eso lo que quiere decir. Nos encontramos, como cada sábado, en «La Comadreja Alegre».

—Una taberna, supongo.

—En efecto —respondió Mills con cierta expresión desafiante—. Es la única que hay en el pueblo y acude a ella gente muy respetable.

—No tiene motivos para sentirse avergonzado de frecuentar semejante lugar, señor Mills. Como dijo Bernard Shaw, la taberna es el club del pobre.

—Ignoro quién es ese caballero, doctor Shipley, pero estoy de acuerdo con él.

El doctor Shipley carraspeó.

Lo hacía muy a menudo, lo cual no tenía nada de extrañar, pues sus dedos manchados de nicotina indicaban que era un fumador empedernido.

No obstante, sobre su mesa no había ningún cenicero.

Tal vez el doctor Shipley, como los policías con respecto a la bebida, no fumaba en horas de servicio.

— ¿Qué ocurrió en «La Comadreja Alegre»? —preguntó después del carraspeo.

— ¿Cuándo?

—El sábado que se encontró allí con el doctor Gowan.

—Casi todos los sábados me encuentro en «La Comadreja Alegre» con el doctor Gowan. El doctor Gowan es muy aficionado a la cerveza y allí la sirven de excelente calidad.

—Me refiero al sábado que usted le habló del pequeño problema que le aqueja.

— ¡Ah!

—Usted le habló de...

—No fue así como empezó la cosa.

El doctor Shipley tuvo que hacer un gran esfuerzo para disimular su impaciencia. ¡Menudo pelmazo le había enviado su colega! Abrió el cajón donde guardaba el cenicero y el paquete de cigarrillos, pero lo

volvió a cerrar casi al instante. La norma es la norma.

— ¿Qué ocurrió? —preguntó.

—El doctor Gowan me invitó a una pinta de Ale
Nuevo carraspeo del doctor Shipley.

—Bien —dijo, tamborileando con los dedos sobre la mesa—.
Usted se tomó la pinta de Ale y...

—No; no me la tomé.

— ¿Rechazó la invitación?

— ¡Por supuesto que no! Yo nunca desperdicio la oportunidad de
beber gratis, doctor. Lo que ocurre es que prefiero el whisky. Se lo
recordé amablemente al doctor Gowan y...

—Le invitó a whisky.

— ¡Aja! —movió la cabeza Mills.

—Y entonces...

—Entonces fue cuando le hablé de esa maldita campana, doctor
Shipley.

— ¡Ya! —se ajustó los lentes el médico para volver a echar una
ojeada a la carta—. Aquí dice que usted, ¡ejem!, tiene una campana en
la cabeza.

Mills levantó un dedo, mientras se removía un tanto inquieto en
el borde del sillón.

—No —dijo.

El doctor le miró.

— ¿No?

—La campana está en otro lugar.

— ¿Dónde? —preguntó el doctor Shipley, volviendo a abrir el
cajón donde guardaba los cigarrillos.

Pero también esta vez consiguió resistir la tentación.

—En el fondo del lago —fue la respuesta de su inefable paciente.

— ¿Qué lago?

—Solo tenemos un lago en Whiteland, doctor. La campana no
siempre estuvo allí, por supuesto. Antes, hace de eso muchos años,
colgó del campanario de un monasterio papista situado en la ladera de
una de las colinas que rodean el lago. Ese monasterio, erigido un poco
antes de la guerra de las «Dos Rosas», fue destruido en parte durante
el reinado de Enrique VIII, cuando fueron confiscadas todas las
propiedades de las comunidades católicas.

El doctor Shipley volvió a carraspear.

—Y la campana...

—La campana fue arrojada al lago, junto con otros objetos
sagrados que simbolizaban el poder papista en Inglaterra.

—Y ahora...

—La campana sigue allí, por supuesto.

— ¡Hum! Yo suponía que se había trasladado de lugar.

— ¿A qué lugar?

—A su cabeza, señor Mills.

— ¡Qué tontería!

—Bueno —carraspeó con más fuerza el doctor Shipley, señalando la carta que tenía sobre la mesa—, según el doctor Gowan...

—El doctor Gowan se equivoca. Yo no le dije que la campana del monasterio de Marlow Hill estuviera en mi cabeza. No estoy loco.

—Entonces...

—Lo que está en mi cabeza es su sonido.

— ¿Su sonido?

—Efectivamente —afirmó con toda seriedad Jonathan Mills—. Y le aseguró que resulta algo muy molesto. Especialmente por las noches.

— ¿Durante el día no la oye?

—También, por supuesto.

Mills se tocó la frente, añadiendo:

—Ahora mismo está repicando.

— ¿Cómo?

—En re sostenido, doctor.

—Digo que... ¿cómo es posible?

—No lo sé, doctor. Por fortuna, ese fenómeno solo ocurre los años bisiestos. El sonido surge del fondo del lago, procedente de la campana sumergida, me entra por los oídos y se aloja en el interior de mi cerebro.

— ¿Vive usted muy cerca del monasterio?

—Vivo en el mismo monasterio.

— ¡Diablos! ¿Por qué no se marcha a vivir al pueblo?

—No puedo, doctor: estoy al cuidado de las ruinas y del cementerio. Apenas se entierra allí a nadie, pues se construyó otro cementerio nuevo en otro lugar; pero ciertas familias de la localidad conservan el privilegio de ser alojadas en Marlow Hill cuando alguno de sus miembros estira la pata.

Y añadió, removiéndose en el sillón como si tuviera una legión de hormigas en el trasero:

—Nada de eso me importaría demasiado, doctor, si no fuera por el americano.

— ¿El americano?

—Sí, el tipo que va a alojarse en el monasterio, un tal Gilbert Scott.

— ¿Cómo se le ha ocurrido a ese sujeto alojarse en semejante lugar?

—El señor Scott es escritor.

— ¡Ah! —exclamó el doctor Shipley, como si eso lo explicara todo—. Si es escritor...

—Un editor de Nueva York se puso en contacto con la comunidad de propietarios de Marlow Hill, y esta accedió a alquilar la parte habitable del monasterio a uno de sus escritores en exclusiva.

—El señor Scott.

—En efecto.

— ¡Hum! ¿Y qué tiene que ver esa cuestión con su problema?

—Mucho, doctor Shipley; en el contrato de alquiler se estipula que yo debo quedar al servicio de ese americano.

—Y...

—Bueno, tal vez al señor Scott no le guste demasiado convivir con alguien que va almacenando en su cabeza los tañidos de esa maldita campana. Puede imaginar que estoy loco.

—Comprendo.

— ¿Puede hacer algo para solucionar el problema?

—Lo intentaré.

Y, tomando una pluma, se puso a escribir en su talonario de recetas.

—Tome dos comprimidos de este preparado antes de acostarse — dijo.

Mills se quedó mirando la receta antes de guardarla en el bolsillo.

—No me gusta tomar potingues —murmuró.

—Se trata de un sedante —aclaró el doctor Shipley—. Tómelo sin reparo, en la dosis prescrita, y dormirá como un niño todas las noches.

Y añadió, antes de que el otro pudiera abrir la boca:

—Son cinco libras por la consulta. Páguele a la enfermera, por favor. Buenos días, señor Mills.

Cuando su paciente cruzó la puerta, el doctor Shipley abrió con mano temblorosa el cajón donde guardaba el mechero y los cigarrillos y extrajo uno del paquete.

Estaba tan nervioso, que ni siquiera se dio cuenta de que lo encendía por el filtro.

La Multinacional de Ediciones Galvy tenía sus oficinas en la octava planta de un edificio de la Avenida cerca de Central Park.

En Nueva York, por supuesto.

No era la primera vez que Gilbert Scott tomaba el ascensor que, desde el enorme vestíbulo del edificio, le conduciría a presencia de la «Muralla China».

La «Muralla China» se llamaba en realidad Maggy. Maggy para los amigos, si es que tenía alguno, y señorita Dorrit para el resto; es decir, para sus enemigos, que en opinión de Gilbert Scott tenían que ser más numerosos que las estrellas de una galaxia.

—Vuelva usted mañana —repetía siempre la señorita Dorrit—. El señor Galvy está reunido.

Por eso Scott, de oficio escritor —fracasado por el momento—, la había bautizado con el nombre de la «Muralla China».

Por la completa, infranqueable y sólida valla de contención que establecía entre los visitantes y el lujoso cubil de los hermanos Galvy, siempre que aquéllos pertenecían a la categoría —ínfima categoría—, de Gilbert Scott.

Por eso aquella mañana se llevó una gran sorpresa cuando la señorita Dorrit, con una amable sonrisa, le dijo cuando entró en la sala de espera:

—El señor Galvy le recibirá inmediatamente, señor Scott.

—¿A mí? —se quedó patidifuso el visitante.

La «Muralla China» levantó la clavija del intercomunicador y anunció la llegada de Gilbert Scott.

—¡Que pase! —gangueó la voz de Arthur Galvy a través del aparato.

—Por aquella puerta —se limitó a decir la secretaria de la secretaria del mandamás supremo, volviendo a repetir su sonrisa; esta vez en versión corregida y aumentada.

Gilbert Scott, un poco aturdido por lo inesperado del acontecimiento, arañó la puerta con los dedos.

—¡Pase! —le invitó a introducirse Arthur Galvy con voz un tanto ronca, pero que al aturrullado escritor le sonó a música celestial.

La estancia era de grandes dimensiones, con las paredes cubiertas

de espaciosas estanterías repletas de libros.

Allí se exhibía toda la copiosa producción literaria de la Multinacional de Ediciones Galvy en todo su polícromo esplendor.

El señor Galvy estaba sentado detrás de su mesa escritorio de forma circular —un modelo exclusivo—, cuyas faraónicas medidas la convertían en el mueble más impresionante del lujoso despacho.

—Siéntese, señor Scott —dijo el editor, un tipo gordinflón, pero vestido con exquisita elegancia.

Gilbert Scott avanzó de puntillas sobre la mullida moqueta y ubicó su temblorosa y emocionada humanidad en el sillón que estaba situado frente a la mesa.

El señor Arthur Galvy no estaba solo.

Su hermano Fred, tan parecido a él como una castaña a otra castaña, ocupaba otro sillón algo alejado de la mesa, fumando un descomunal habano.

El puro era tan grande, que hubiera podido utilizarse como poste para sostener una red de alta tensión.

—Mi hermano Fred —hizo las presentaciones Arthur Galvy.

Los dos vestían de igual manera; eran tan semejantes, que solo gracias al puro podía establecerse entre ellos alguna diferencia.

—Este es el señor Scott, Fred.

— ¡Ajá! —asintió el del puro.

Uno de los teléfonos que el editor tenía sobre la mesa empezó a sonar.

Gilbert Scott esperó pacientemente a que terminara la conversación.

Cuando el editor dio por finalizada su insulsa cháchara con su invisible interlocutor, colgó el aparato con reposado ademán y dijo:

—Señor Scott, tengo grandes noticias para usted. ¿No es cierto, Fred?

— ¡Aja! —movió la cabeza el del puro.

— ¿Ha leído mi original?

— ¡Ejem! Sí...

— ¿Le ha gustado?

— ¡En absoluto! Su tema no se adapta en modo alguno a la clase de temas que nosotros publicamos.

Gilbert Scott sintió que, a pesar de la mullida moqueta, el suelo se hundía bajo sus pies.

—Entonces...

— ¡Olvídese de ese mamotreto, Scott! ¿No es cierto que el señor Scott debe olvidarse de ese original, Fred?

— ¡Aja! —fue la respuesta del hermano gemelo de Arthur Galvy, sin sacarse el enorme veguero de la boca.

Scott se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—Yo...

— ¿Qué, señor Scott?

—No le entiendo, señor Galvy.

— ¿Qué es lo que no entiende, amigo mío? —dijo alegremente el editor, colocando sus manos sobre la mesa.

—Si no he entendido mal, me dijo que tenía grandes noticias para mí. Claro que, ahora que caigo, no me advirtió que eran «buenas» noticias.

— ¿Buenas? ¡Son excelentes, señor Scott!

Un sudor frío recorrió la espalda del joven escritor, desde la nuca al fondillo de los pantalones.

¿Es que aquel par de cretinos le estaba tomando el pelo?

Arthur Galvy, como si adivinara lo que estaba pasando por la mente de Scott, se apresuró a ir directamente al grano.

— ¡Voy a lanzarle a la fama, Scott! ¡Y estoy hablando en serio! ¿No es cierto que estoy hablando en serio, Fred?

— ¡Aja!

Scott empezó a notar una especie de hormigueo en el estómago.

Arthur Galvy cruzó las manos y empezó a mover los pulgares, mientras en sus labios se reflejaba una beatífica sonrisa.

—Usted no es nadie, Scott —dijo—. En otras manos, usted no dejaría nunca de ser un emborrón-cuartillas de «a cinco centavos la línea».

—Diez centavos la línea es lo máximo que me han pagado —manifestó el «emborrón-cuartillas».

—Pero a partir de ahora ya no está usted en manos de un editor cualquiera, amigo mío; cuando haya firmado este contrato estará bajo la protección y amparo de la Multinacional de Ediciones Galvy, la mejor editorial del mundo.

— ¡Ajá! —dijo Fred Galvy a través de la espesa nube de humo que le envolvía.

—¿Un contrato? —parpadeó Gilbert Scott.

—Sí, muchacho: un contrato tan magnífico y ventajoso que haría palidecer de envidia al mismo Truman Capote.

—Yo...

—La Multinacional de Ediciones Galvy, si me permite emplear una de mis brillantes metáforas, va a lanzarle del anonimato a la fama con la misma velocidad que un cohete interplanetario es lanzado a las estrellas.

Gilbert Scott volvió a parpadear.

—Pero...

— ¿Qué, amigo mío?

El joven atinó a preguntar:

— ¿No acaba de decirme que mi original no le interesa?

—En efecto.

—Entonces...

— ¡Lo que me interesa de usted es su próximo libro!

— ¿Mi próximo libro? No tengo ninguno en proyecto.

— ¡Lo tendrá, señor Scott!

—Yo...

—Naturalmente, tratará de otro tema.

— ¿Cuál?

—Quiero que escriba una novela ambientada en la Guerra de Secesión americana.

— ¡Oh! —se desinfló Scott.

— ¿No le parece un buen tema?

—Francamente, me parece muy poco original. Ese asunto de la guerra civil americana ya ha sido tratado infinidad de veces. Sin mencionar «Lo que el viento se llevó»...

— ¡Usted escribirá algo mejor!

—Es usted muy amable, señor Galvy. Pero supongamos que la calidad de mi original...

— ¡Tonterías, señor Scott! En realidad, no importa la calidad de lo que usted escriba. Si la Multinacional de Ediciones Galvy se lo propone, puede convertir en un best-seller hasta una adaptación novelada de la guía de teléfonos de Nueva York, todo es cuestión de marketing, amigo mío. Y, en este caso, estamos dispuestos a invertir en publicidad todo el dinero que haga falta. Nuestro *planning board* ya está trabajando en el asunto. Su obra se traducirá a todos los idiomas, y solo en el área anglosajona pensamos hacer una edición de diez millones de ejemplares.

—Pero...

A Gilbert Scott empezó a darle vueltas la cabeza.

—Usted preocúpese solo de escribir, señor Scott, que nosotros nos encargaremos de encontrar el *potential market* adecuado.

—Yo...

—Confiamos en usted, muchacho. En el contrato se estipula que deberá usted tener terminado su trabajo dentro de tres meses. Recibirá un anticipo de veinticinco mil dólares y, posteriormente, a partir de la publicación de la obra, un porcentaje de un diez por ciento sobre las ventas. ¿Está de acuerdo?

—Pues...

—Firme aquí, muchacho.

Y le alargó el contrato.

—Por supuesto —añadió Arthur Galvy los gastos de viaje y estancia en Inglaterra corren de cuenta de la editorial.

— ¿Cómo? —parpadeó Scott, esta vez con más fuerza.

— ¿No se lo había dicho? Le hemos buscado un lugar tranquilo y

apacible para que pueda dedicarse a su tarea con toda comodidad y sosiego.

El editor consultó unas notas.

—Es un viejo monasterio situado en Whiteland.

— ¿En Inglaterra?

—Sí.

—No comprendo.

— ¿Qué es lo que no comprende, señor Scott? —preguntó el editor.

—Que deba instalarme en Inglaterra para escribir un libro ambientado en la Guerra de Secesión americana.

—Nuestro departamento de *test market* opina que es lo más adecuado.

— ¡Oh!

—Según su criterio, la distancia geográfica le proporcionará a usted la perspectiva necesaria para enfocar el tema con más propiedad.

—Pero en ese lugar...

— ¿Qué, señor Scott?

—No voy a encontrar la documentación pertinente.

—Según mis informes, ese monasterio dispone de una excelente biblioteca.

—En la que, mucho me temo, no habrá ningún volumen que trate sobre la historia de los Estados Unidos.

—Es lo más probable.

—Entonces...

— ¿Qué importa? Lo único que debe usted reflejar en el libro es lo que todo el mundo ya conoce, que el Norte luchó contra el Sur, que el general Grant se rindió al general Lee en la Court House de Appomattox...

— ¿No fue al revés? —apuntó tímidamente Gilbert Scott.

— ¿Al revés? —levantó las cejas el editor.

—En efecto, señor Galvy. Fue el general Lee quien se rindió en ese lugar a las fuerzas de Ulises S. Grant.

— ¿Es cierto, Fred? —se volvió Arthur Galvy hacia su hermano.

— ¡Ajá! —movió la cabeza este.

— ¿Qué más da? —se encogió de hombros el editor—. Lo que importa es que usted escriba una buena novela. Y ni siquiera eso es primordial. Sea cual sea el resultado de su labor, vamos a convertirle a usted en un escritor tan famoso como ese francés que escribió el «Quijote». ¿Cómo se llamaba?

—Cervantes —respondió Scott—. Y no era francés, sino español.

— ¿Era español, Fred?

— ¡Ajá!

—Bueno —se despreocupó el editor—, puesto que no era americano y no pertenecía a nuestro cuadro de colaboradores, ¿qué importa que fuera francés o español?

Y añadió:

—Firme, muchacho.

Gilbert Scott no lo pensó dos veces.

Cumplimentado el trámite, el editor metió el contrato en un cajón de la mesa y entregó un duplicado del mismo a Scott.

—Tome —le dijo, empujando un sobre hacia él—. Aquí tiene los pasajes, una carta de presentación para nuestro representante en Londres y un cheque por veinticinco mil dólares.

—El contrato entra en vigor a partir de este momento, señor Scott —dijo—. Le deseo un buen viaje y una feliz y fructífera estancia en Inglaterra.

—Yo...

—Buenos días, señor Scott. Dispénsame, se lo ruego, pero soy un hombre muy ocupado.

—Buenos días, y gracias por la confianza que ha depositado en mí, señor Galvy.

Antes de cruzar la puerta, se volvió para musitar unas palabras de agradecimiento.

— ¡Suerte! —le interrumpió Arthur Galvy, moviendo la mano.

— ¡Ajá! —dijo su hermano.

Y en honor al futuro genio de las letras americanas, se quitó el puro de la boca e hizo con él un cordial gesto de despedida.

Mientras descendía en el ascensor, Gilbert Scott examinó el cheque.

Su contemplación fue lo que más contribuyó a proporcionarle la evidencia de que, en contra de toda lógica, no estaba soñando.

Gilbert Scott tuvo la primera dificultad al tomar tierra en Londres, después de un tranquilo vuelo sobre el Atlántico. Por un lamentable error, parte de su equipaje había sido facturado en un aparato con destino a Honolulu.

— ¿Todo ha ido bien? —le preguntó el señor Sturgeon, el representante en Inglaterra de la Multinacional de Ediciones Galvy al recibirle en su despacho de Great Dover Street.

—Mi equipaje se ha extraviado.

—Suele ocurrir; lo siento.

—No contenía nada de mucho valor; solo mi vieja y querida «Underwood».

— ¡Oh! Puede encontrar otra máquina de escribir en cualquier tienda del ramo.

—Lo sé, pero prefiero la mía. Le parecerá una tontería, pero me había acostumbrado a ella y...

—No es problema —replicó el señor Sturgeon sin concederle demasiada importancia a la cuestión—. En esta misma calle hay un par de tiendas que se dedican a vender máquinas de escribir. Por quince o veinte libras encontrará una del modelo que usted necesita.

—Sí, claro, pero...

El representante de la editorial eludió el problema, encarrilando la entrevista hacia otros derroteros.

—Envíeme el primer capítulo de su obra así que lo haya terminado, señor Scott. Estoy autorizado a decidir sobre la calidad de su trabajo.

—Lo sé, señor Sturgeon, pero...

—El tren le conducirá hasta Carlisle —siguió diciendo el señor Sturgeon—. ¿Sabe usted conducir?

—En mi país —bromeó Scott—, algunos agentes de la policía de tráfico opinan que no.

El señor Sturgeon carecía del sentido del humor; tal vez la úlcera de estómago que padecía tuviera algo que ver en ello.

Sacó una tarjeta comercial y se la entregó al americano.

—Tome —dijo—. Una vez en Carlisle, vaya a esta dirección. Es un establecimiento que se dedica a alquilar coches, sin chófer. Siguiendo

las instrucciones del señor Galvy, he alquilado un vehículo para usted. Le servirá para trasladarse a Whiteland y para sus desplazamientos locales. Marlow Hill, donde está ese monasterio, se encuentra un poco apartado del pueblo.

— ¿Ha estado usted en ese lugar?

— ¡Por supuesto! De acuerdo con los deseos del señor Galvy, lo he inspeccionado todo.

Scott quiso saber:

— ¿Qué tal es?

— Si le gustan a usted las ruinas, la soledad, los ambientes húmedos, la falta de comodidades y la compañía de un borrachín aficionado al whisky y a la cerveza, lo encontrará encantador.

— ¿Un borrachín?

— Me refiero al señor Mills, que es una especie de guarda y sepulturero a la vez. Adicionalmente, cuidará de usted.

— ¡Hum! ¿Y dice usted que se embriaga a menudo?

— Eso deduje en las dos ocasiones que hablé con él. No me extrañaría que estuviera al borde del *delirium tremens*. Ese buen hombre no se emborracha solamente los sábados y los domingos como es preceptivo y normal, sino el resto de los días de la semana. Me habló de que percibía en su cerebro el sonido de una campana.

— ¡Diablos!

— Pero no se preocupe; dejando de lado esa pequeña anomalía, es un individuo muy eficiente y amable.

— ¿No estará loco?

— ¡Oh! ¿Quién no está un poco loco en los calamitosos tiempos en que vivimos?

El señor Sturgeon alargó la mano a Gilbert Scott.

— Le deseo un bien viaje —dijo—. Espero sus noticias, joven.

— Me pondré a trabajar inmediatamente —prometió Scott con toda convicción.

Al salir, tal como había sugerido el representante de la editorial, entró en una de las tiendas que se dedicaban a la venta de máquinas de escribir, donde tuvo la fortuna de encontrar una vieja «Underwood» del mismo modelo de la que se le había extraviado.

— Podemos enviársela con portes a pagar en destino al lugar que usted desee— le dijo el vendedor.

— Perfecto —respondió Scott—. Yo tomo el tren para Carlisle dentro de tres horas. ¿Pueden facturarla a la estación de esa localidad?

— Por supuesto. Viajará con usted y la encontrará en la consigna de la estación a su llegada.

El tren salió puntualmente, llegando, de acuerdo con el horario previsto, a la capital del condado de Cumberland.

Antes de retirar el equipaje de la consigna, Gilbert Scott se encaminó en busca del coche que el representante de la editorial había alquilado en su nombre.

El vehículo, un Bentley que, por su antigüedad, podría muy bien ser el prototipo del primer modelo que sacó la fábrica a principios de siglo, no gustó demasiado a Scott.

—Es lo mejor que tenemos —le dijo el encargado.

— ¡Hum! —murmuró el americano—. Si esto es lo mejor, me imagino que el resto serán verdaderas piezas de museo.

El encargado, un tipo de pelo rojizo y el rostro cubierto de pecas, entregó las llaves a Scott.

—Es usted americano, ¿no?

—Sí.

—En tal caso, me permito recordarle que aquí se circula por la izquierda.

—Lo tendré en cuenta.

—Además, debe tener en cuenta otra cosa: el límite de velocidad en este condado es de ochenta millas por hora.

—No se preocupe: no creo que con este cacharro pueda sobrepasar las cuarenta.

— ¡Es un Bentley, señor! —se ofendió el pelirrojo.

— ¿De veras? Yo creía que era una de las berlinas que usaba la reina Victoria para pasear por Hyde Park.

El encargado no contestó.

Gilbert Scott pasó la noche en un hotel con vistas al canal; una circunstancia que al joven escritor le tuvo sin cuidado, pues ni siquiera se tomó la molestia de asomarse a la ventana.

Al día siguiente, recuperado su equipaje en la consigna, incluida la máquina de escribir, abandonó Carlisle al volante del Bentley para tomar la carretera que conducía a Whiteland.

— ¡Ah! —exclamó—. ¡Allí me espera la gloria!

Pero en Whiteland, mejor dicho, en el monasterio de Marlow Hill, le esperaba, aunque él no podía sospecharlo, algo muy distinto.

Whiteland era un pueblo encantador.

En la taberna de «La Comadreja Alegre», donde se detuvo a tomar un bocado, le indicaron el camino del monasterio.

— ¿Usted es el americano?

—Sí —respondió Scott, sintiéndose observado como si fuera un bicho raro.

—Mills nos habló de usted.

— ¡Ah! —exclamó el joven escritor.

—Esperamos verle por aquí a menudo, señor —dijo el propietario del establecimiento—. En Marlow Hill no hay muchas diversiones.

—No he venido a divertirme, sino a trabajar —aseguró Scott.

El camino hacia las colinas no era muy largo, pero la carretera, por llamarla de algún modo, estaba en muy mal estado y daba muchas vueltas.

Las ruinas del monasterio se reflejaban en las tranquilas aguas del lago, envueltas en la neblina matinal.

El cielo estaba cubierto, presagiando la inminente llegada de una lluvia otoñal.

El Bentley trepó por la colina, no tardando en entrar en el frondoso parque que rodeaba el monasterio.

Del ala habitable del mismo surgió un tipo bajo y delgado y de nariz colorada: era Jonathan Mills.

— ¿El señor Scott? —preguntó.

—Sí —dijo el escritor.

—Yo soy Mills —añadió—. Voy a enseñarle sus habitaciones y luego me encargaré de su equipaje.

Y añadió, como si de pronto hubiera recordado algo importante:

—Sea bien venido, señor.

—Gracias —dijo Scott, siguiendo a Mills hacia el interior del pabellón adosado a las ruinas.

—Esto es todo lo que queda en pie del monasterio —le informó Jonathan Mills.

La habitación no estaba del todo mal: disponía de una cama, un armario, una mesa para trabajar y algunos sillones. Olía un poco a humedad, a pesar de que la ventana estaba abierta de par en par.

—Yo duermo en el piso inferior —dijo Mills—, y no le molestaré. La señora Flintwich se encargará de hacerle la comida y de hacer la limpieza dos veces por semana. Yo no necesito a nadie, pero ese tipo que vino de Londres insistió en que...

—Sí, comprendo.

Scott se asomó a la ventana y soltó una exclamación de sorpresa.

— ¡Vaya! —dijo—. Eso parece un cementerio.

—Y lo es, señor Scott. Espero que la proximidad de esas viejas tumbas no le ponga nervioso.

— ¡En absoluto! —aseguró Scott—. Prefiero esta tranquilidad al tráfico de Nueva York.

—Sí —murmuró Mills, moviendo la cabeza—, esto es muy tranquilo. Salvo en los años bisiestos, claro.

— ¿En los años bisiestos?

—Sí —replicó Mills—. Entonces, suena la campana.

— ¿Qué campana?

—La que está sumergida en el lago.

Y le contó lo que había ocurrido en el monasterio en los lejanos tiempos del rey Enrique VIII.

—Bueno —dijo Scott, un poco aburrido por la verborrea de Mills, que fue algo prolijo en su narración—, el tañido de una campana es algo agradable.

—Según —torció el gesto su interlocutor.

Hasta aquel momento, el guardián del monasterio se había comportado con exquisita normalidad. En modo alguno parecía estar bebido, desmintiendo así la, probablemente, calumniosa aseveración del señor Sturgeon, el representante de la editorial en Londres.

Mills, al parecer, no era tan aficionado al whisky y a la cerveza como cabía esperar de la malévola insinuación del señor Sturgeon.

Sin embargo, Gilbert Scott se vio impelido a tener que rectificar tan favorable opinión cuando escuchó decir a su interlocutor:

—Lo malo de los sonidos de esa campana, señor Scott, es que no se pierden en el aire, como sería de desear, sino que entran en mi cabeza por el oído izquierdo y se quedan aquí, repicando sin cesar.

Y al decir «aquí», se puso la mano sobre el cráneo, apenas protegido por una rala cabellera grisácea y deslucida.

— ¡Hum! —dijo Scott—. Eso debe de ser algo muy molesto.

Mills afirmó:

—No lo sabe usted bien. Ahora mismo está repicando con tal brío, que apenas me deja escuchar lo que usted dice.

Scott fue a decir algo, pero Mills, entre resignado y compungido, se encaminó hacia la puerta, diciendo:

—Voy a subir su equipaje.

Scott estaba tan fatigado por el viaje, que aquella noche durmió como nunca en su vida.

Ni el tañido de la campana sumergida, ni el de todas las campanas del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte le hubieran podido despertar, aunque repicaran todas al unísono.

Le despertó, al amanecer, el canto de los pájaros que, libres de todo temor o prejuicio, anidaban en los frondosos árboles del cementerio.

Scott se asomó a la ventana.

El sol, que empezaba a asomar por el horizonte, ponía una pátina dorada sobre las viejas losas de las tumbas, sobre las que se cernía la bóveda rumorosa de la arboleda.

Había numerosas cruces, algunas cubiertas de hiedra, que se encaramaba también por los troncos de los árboles.

La brisa matutina hizo caer, mansamente, algunas hojas amarillentas sobre el húmedo suelo cubierto de hierba de un verde intenso, como de tarjeta postal.

«Al parecer, esta noche ha llovido bastante» —pensó Scott, que, como ya sabemos, había disfrutado de un profundo y reparador sueño.

Dejó de contemplar el sombrío cementerio y extendió la vista hacia el valle.

El paisaje no podía ser más sugestivo.

Las colinas, recién lavadas por la lluvia, recortándose en el cielo azul, se reflejaban en las quietas aguas del lago, una de cuyas orillas lamía la pared rocosa sobre la que se asentaban las ruinas del monasterio.

«No hay duda —siguió meditando Scott— de que el señor Sturgeon ha sabido escoger un buen lugar. Pero yo hubiera preferido quedarme en Nueva York, buscando la inspiración en la campaña publicitaria que coincidirá con el lanzamiento del libro. El mismo procedimiento se seguiría si se tratara de lanzar al mercado un detergente o una nueva marca de cigarrillos.»

Gilbert Scott era un desconocido, un escritor que solo había publicado un par de novelas baratas y varios cuentos en algunas revistas de corta tirada. En suma, un principiante, un «junta letras» a

tanto la línea.

Pero no era tonto.

Era consciente de que se le estaba utilizando.

La Multinacional de Ediciones Galvy había recurrido a él para evitarse complicaciones. El contrato que había firmado no era, en realidad, tan generoso como le había parecido al principio.

Si Scott hubiera tenido un agente literario, como un escritor ya consagrado, algunas de las cláusulas que figuraban en el mismo no hubieran sido aceptadas.

Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás.

Después de todo, pese a todos los inconvenientes, era una oportunidad que no podía desaprovechar.

Scott tomó una ducha fría en el improvisado cuarto de baño contiguo a su dormitorio.

Una vez aseado y vestido, bajó a desayunar.

—La señora Flintwich no vendrá hasta media mañana —le informó Mills—. Tendrá que conformarse con el desayuno que yo le he preparado.

—Sí, no se preocupe —sonrió Scott—. Tengo tanta hambre, que no voy a ponerle ningún reparo.

Terminado el desayuno, Mills le mostró la biblioteca, una habitación bastante espaciosa, también con ventanas con vistas al cementerio, en cuyas estanterías se amontonaban un buen número de polvorientos volúmenes.

—Es todo lo que pudo salvarse de la destrucción —dijo Mills.

—Es un lugar muy agradable —dijo Scott—. ¿Podría trabajar aquí?

—Por supuesto —se encogió de hombros Mills.

El escritor colocó la vieja «Underwood» sobre una carcomida mesa de nogal de color oscuro, que el guardián le ayudó a arrastrar hacia la ventana para conseguir una iluminación más adecuada.

—Durante el día no le faltará la luz —dijo Mills—. Pero si quiere trabajar de noche, tendrá que emplear este quinqué de petróleo. En Marlow Hill no hay electricidad.

—Casi lo prefiero. Así estará todo más en carácter. Además, no suelo trabajar de noche.

Aquel día, por supuesto, no hizo nada.

A media mañana, mientras la señora Flintwich trajinaba en la cocina, Mills le enseñó el cementerio.

Le fue mostrando las tumbas y Scott se entretuvo leyendo los epitafios.

Por las fechas que figuraban en las losas dedujo que los ocupantes de las tumbas llevaban allí mucho tiempo enterrados.

—La mayoría de ellas —le informó Mills— están ocupadas por los

monjes del monasterio. Sin embargo, algunos fueron arrojados al lago.

—Como la campana.

—En efecto, como la campana.

Y se tocó la cabeza.

Scott, comprendiendo, que había cometido la torpeza de nombrar la sogá en casa del ahorcado, desvió la conversación.

— ¿A quién pertenece esa tumba? —preguntó, señalando una lápida que, contrariamente a las otras, no tenía ninguna cruz.

Mills, adoptando una actitud que al joven escritor le pareció un tanto extraña, le tomó del brazo para apartarle de aquel lugar.

— ¿Quién está enterrado ahí?

—Avram Finching —respondió Mills.

Y lo dijo con la misma expresión, sombría y temerosa, que hubiera empleado para nombrar al mismo diablo.

— ¿Quién era? —preguntó Scott.

Mills exclamó:

— ¡Un maldito bastardo!

Y añadió, volviendo a tomar del brazo a su acompañante para alejarlo todavía más de la tumba:

—En mi opinión, nunca debió merecer el honor de ocupar una sola pulgada de tierra en este sagrado recinto.

— ¿Por qué, señor Mills?

—Se asegura que era un hechicero.

— ¿Un hechicero?

—Sí, señor Scott —escupió sobre la hierba Mills—. Lo cual no tiene nada de extraño, si se tiene en cuenta que su madre fue quemada por bruja.

— ¡Diablos! ¿Y también está enterrada aquí?

Mills sonrió.

— ¡Por supuesto que no! Por orden del tribunal que la condenó, una vez achicharrada en la hoguera, sus cenizas fueron arrojadas al lago.

— ¡Debí figurármelo! —exclamó con expresión un tanto divertida el joven americano—. Al parecer, eso de arrojar las cosas al lago constituye una costumbre local muy arraigada.

— ¿Se burla usted, señor Scott?

—No era ésa mi intención, se lo aseguro. Pero comprenda que, en la actualidad, no se pueden tomar demasiado en serio esas viejas y apolilladas leyendas.

—No se trata de una leyenda. Avram Finching, como indica la presencia de esa tumba, existió realmente.

—No lo dudo; pero no puedo creer que fuera un hechicero. A lo sumo, un vulgar y sencillo alquimista.

—Alquimista y... escritor.

— ¡Diablos! —volvió a exclamar Scott, procurando no soltar una carcajada, que hubiera sonado casi a profanación en aquel lugar—. No me irá a decir, señor Mills, que considera usted el sacrificado oficio de literato como una de las más perversas ramas de la Hechicería.

—Pues...

—En tal caso, Shakespeare, Milton, Dickens, Oscar Wilde, Bernard Shaw y, modestamente y salvando las distancias, yo mismo, seríamos merecedores de la hoguera.

—Avram Finching...

— ¿Qué?

—Escribía otra clase de libros: tratados de nigromancia, inspirados por Satanás en persona.

— ¡Oh! Peor hubiera sido que hubiese escrito folletines o seriales para la radio.

Habían llegado al portalón cubierto de hiedra por el que se accedía a la parte trasera del edificio habitable y Mills se quedó observando a su huésped con evidente reproche.

—Sigue burlándose de mí, ¿eh? —dijo entre dientes, mientras espantaba una mosca que revoloteaba a su alrededor.

El escritor sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se lo ofreció abierto a su enojado guía.

Mills, aunque sin abandonar su huraña expresión, no lo rechazó. Extrajo un pitillo con mano torpe y se lo llevó a los labios, esperando que el joven se lo encendiera.

Scott, con toda cortesía, prendió fuego al cigarrillo de Mills, encendiendo a continuación el suyo.

—Tome —le dijo a su interlocutor—: puede quedarse con el paquete.

—Gracias —gruñó Mills, guardándose la cajetilla.

—Le aseguro que no quise ofenderle —dijo Scott.

—No, supongo que no —replicó Mills sin quitarse el cigarrillo de los labios—. Pero voy a darle un consejo: no salga a pasear por este lugar durante la noche.

— ¿Por qué?

Mills vaciló unos instantes antes de responder.

—Porque podría encontrarse con el mismo Avram Finching en persona.

Gilbert Scott se estremeció.

Aunque no creía en aparecidos, no tomó a broma la observación.

—Seguiré su consejo —dijo, mientras lanzaba una furtiva mirada a la solitaria tumba.

— ¡Es inútil! —exclamó Gilbert Scott, apagando el cigarrillo sobre el cenicero, repleto ya de un buen montón de colillas.

Había empezado a trabajar de buena mañana, lleno de energía y muy animado, pero se había ido deshinchando como un globo aerostático soltando gas por todas sus costuras.

Había preparado las cuartillas, el papel carbón, su carpeta de notas y documentación, los cigarrillos y el sobrecito con tiritas de papel corrector; había colocado una nueva cinta en la «Underwood», un cojín debajo de sus posaderas y calzado unas cómodas zapatillas.

Había colocado la primera hoja del papel en el rodillo y escrito el título de la obra: “HURACÁN DE PASIONES”.

Luego, después de darle varias veces a la palanca de interlineación, tecleó alegremente: “Capítulo Primero”.

Este hecho trascendental tuvo lugar a las siete de la mañana y quince minutos.

Dos horas más tarde, en la hoja de papel no figuraba ni una letra más.

Scott siempre decía que su intelecto funcionaba a base de nicotina. Pues bien, a pesar de haber consumido las tres cuartas partes de un paquete de cigarrillos, la inspiración no había acudido a la cita.

— ¡Es inútil! —repitió, echándose hacia atrás en la silla y sacando otro cigarrillo del paquete.

Se levantó para desentumecer las piernas, dando algunos pasos por la habitación.

—Calma, calma —murmuró—. No hay que ponerse nervioso. Tampoco hay que forzar las cosas; todavía dispongo de mucho tiempo. Hay que dar lugar a que se produzca el equilibrio ambiental. Me tomaré un día de descanso.

Pero al día siguiente ocurrió lo mismo.

— ¡Maldita sea! —se desesperó.

Le dolía la cabeza a causa del abuso del tabaco —esta vez había consumido un paquete entero—, y decidió salir a tomar un poco de aire.

Salíó al cementerio por el portalón trasero y, cruzando el mismo, se encaminó al pequeño huerto que Mills cultivaba al otro lado de los

setos que delimitaban el fúnebre recinto.

Mills dejó de darle a la azada al observar la presencia de su huésped. El guardián llevaba una camisa a cuadros, con las mangas arremangadas hasta los codos, y unos pantalones de pana culicaídos de color indefinido y sucios de tierra.

— ¿Qué tal va eso? —preguntó.

—Mal —respondió Scott con evidente mal humor.

—Hoy es sábado —dijo Mills—. ¿Por qué no lo deja para el lunes?

— ¡Hum! Ya he perdido demasiado tiempo.

—Lo que usted necesita es un poco de diversión, muchacho.

Mills había empezado a tratar a su huésped con cierta confianza.

— ¿Diversión? —preguntó.

—Sí —repitió Mills—. ¿Por qué no se viene conmigo a dar una vuelta por el pueblo?

— ¿Ahora?

—Al anoecer, después de la cena. “La Comadreja Alegre” está muy animada los sábados por la noche.

—De acuerdo —aceptó el escritor—. Iremos en mi coche.

—Como quiera. Yo siempre voy a pie, por el atajo que cruza las colinas; la carretera da muchas vueltas.

Al atardecer, después de la cena que les preparó la señora Flintwich, los dos hombres subieron al destartado Bentley para dirigirse a Whiteland.

El pueblo parecía dormido; solo alguna ventana estaba iluminada.

Por contraste, el interior de la taberna ofrecía un ambiente muy alegre y ruidoso.

La presencia del forastero fue acogida con curiosidad. Mills, muy orgulloso, fue presentando al joven americano a sus compañeros de francachela sabatina.

— ¿Un escritor? —se le quedó mirando el juez Carley, un anciano de blanca y poblada cabellera, que hacía los honores a una jarra de cerveza.

—En efecto, señorita —dijo Mills, muy ufano.

— ¿Por qué no se sienta conmigo? —dijo el juez Carley.

La invitación había sido formulada a Gilbert Scott, pero Mills se creyó obligado a incluirse en la misma.

— ¿Qué va a tomar? —preguntó Carley.

—Cerveza —respondió Scott.

—Whisky —levantó el dedo Mills.

Cuando el propietario de la taberna les hubo servido las bebidas solicitadas, Scott y el juez se enzarzaron en una animada conversación.

—En realidad —dijo el anciano en un momento de la charla—, ya estoy retirado. He ejercido en Londres durante muchos años, pero

ahora residido en Whiteland, de donde es oriunda mi familia, en compañía de una sobrina. Caroline es huérfana y solo me tiene a mí.

Y añadió, después de echarse al colete un buen trago de cerveza:

—Cuando yo muera, no sé lo que va a ser de esa muchacha.

— ¡Bah! —intervino Mills—. Se casará, y seguirá viviendo aquí. Es joven, rica y muy bonita; no le faltarán pretendientes.

—Este no es lugar para ella.

— ¿Por qué no? Con dinero, se está bien en todas partes.

—No va a heredar tanto como usted imagina, Mills —refunfuñó el juez.

—Vamos, vamos, señoría; todo el mundo sabe que tiene usted el riñón bien cubierto.

—Lo único que tengo en el riñón, Mills, son algunos pedruscos de oxalato cálcico, esas malditas piedras y mi insuficiencia coronaria me llevarán muy pronto a la tumba.

— ¡Tonterías! —exclamó Mills—. Todavía ha de dar usted mucha guerra en este mundo, señoría. No creo que esas piedras que tiene usted en los riñones sean tan molestas como el tañido de la campana que yo tengo en la cabeza.

— ¿Eh? —dijo el juez—. ¿Todavía sigue usted con eso, Mills?

—Así es, señoría.

—Suponía que ese “matasanos” de Londres le había curado de esa manía.

—No es una manía —replicó un tanto ofendido el guardián del monasterio—. Y lo único que hizo ese “matasanos”, como usted dice, fue robarme cinco libras esterlinas y recetarme unas pastillas para dormir.

— ¡Hum! —dijo el juez—. Me temo que no sea usted una compañía demasiado agradable para nuestro joven amigo.

—No puedo quejarme —intervino Scott con expresión risueña.

—No sea tan optimista —replicó el juez—. Dentro de poco, acabará usted oyendo esa condenada campana y viendo fantasmas en todos los rincones.

El juez Carley levantó la jarra de cerveza, pero no tuvo tiempo de llevársela a los labios. Soltó la jarra, cuyo contenido se volcó sobre la mesa, y se llevó las manos al costado izquierdo, mientras su boca se abría como si le faltara el aire.

— ¿Qué le ocurre? —se alarmó Scott.

—Otro de sus ataques —dijo con cierta tranquilidad Mills, como si ya estuviera acostumbrado a ver al juez en semejante estado.

Scott y Mills acomodaron al juez en el asiento trasero del Bentley y el escritor se puso al volante.

—Siga derecho hasta el final de la calle —dijo Mills, que se había sentado junto al enfermo—. La casa de su señoría está a la salida del

pueblo. Es un viejo caserón rodeado de jardín.

El jardín, por llamarlo de alguna manera, ya que se parecía más a una descuidada selva que a otra cosa, no tenía vallado alguno.

Cuando llegaron frente al edificio, una luz se encendió en el vestíbulo y apareció una muchacha en la puerta.

— ¡Buenas noches, Caroline! —saludó Mills, asomando la cabeza por la ventanilla—. A su tío le ha vuelto a dar el arrechucho.

—Dejadme, dejadme —gruñó el juez, mientras Caroline y Scott le sostenían para ayudar a entrar en la casa—. Puedo andar por mí mismo.

—Voy a buscar al doctor Gowan —dijo Mills.

— ¡No hace falta! —se enfadó el juez.

Pero Mills ya había salido corriendo, cruzando el jardín.

El escritor y Caroline acomodaron al juez en uno de los sillones del salón, junto a la chimenea.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! —se lamentó la joven—. ¿Cuándo vas a sentar la cabeza, tío John?

— ¡Cierra el pico! —gritó el juez, evidenciando que ya se había recuperado del ataque—. Lo único que ahora necesito es una de esas malditas píldoras.

—El doctor Gowan te recomendó que las llevaras siempre contigo —le recordó su sobrina.

— ¡Silencio! —gritó el juez Carley—. El testigo debe abstenerse de hacer comentarios hasta que sea preguntado.

—No soy ningún testigo, tío John, sino tu sobrina.

— ¡A callar! O te hago expulsar de la sala por desacato al tribunal.

—No estás presidiendo ningún juicio.

— ¡No importa! Un juez es un juez, aunque esté retirado. Es una profesión que imprime carácter, sobrina.

—Pero no sentido común.

— ¡Oh! Me haces sentir como un mozalbete que acaba de cometer una travesura. Ya no soy un niño. ¿Qué pensará de mí el señor Scott?

Caroline se quedó mirando al joven escritor, como si hasta entonces no hubiera advertido su presencia.

— ¿Es usted el americano que se aloja en el monasterio?

—Sí, señorita.

—Puede llamarme Caroline.

—Gracias, Caroline. Lamento que nos hayamos conocido en tan tristes circunstancias.

— ¿De qué tristes circunstancias está usted hablando, joven? No me voy a morir. Esto ya me ha sucedido otras veces.

Caroline puso una píldora en la mano de su tío y luego le ofreció un poco de agua en un vaso.

—No creo que sea necesario tomarse esta maldita píldora —refunfuñó el enfermo.

Pero se la tomó, por supuesto.

Poco después, mientras el doctor Gowan examinaba al juez, Scott tuvo ocasión de conversar con la muchacha.

—Gracias —le dijo ella—. Le pido mil perdones por las molestias que le hemos ocasionado.

—No tiene importancia.

Caroline era una joven muy bonita, de rubios cabellos, ojos azules y que irradiaban una gran simpatía y seguridad. Su cuerpo, esbelto y bien formado, hubiera ocupado un puesto destacado en cualquier concurso de belleza.

Scott pensó que el juez Carley era un tipo muy afortunado por tener junto a él a una muchacha, tan agradable y encantadora. Si bien, al parecer, el anciano no daba muestras de conceder excesivo valor a las envidiables cualidades de su sobrina.

El juez, apartando al doctor Gowan, que se empeñaba en auscultarle por enésima vez, dijo, dirigiéndose a Scott:

—Muchacho, ya le hemos fastidiado bastante. Vuelva con ese bobalicón de Mills a «La Comadreja Alegre» y tómense otra jarra de cerveza a mi salud. Tal vez vuelva yo también a dejarme caer por allí. La noche es joven.

— ¡Nada de eso! —intervino el doctor Gowan—. Usted se va derecho a la cama.

—Pero...

—La sentencia es inapelable —dijo el médico, remedando una de las frases favoritas del juez.

— ¡Al diablo con eso! —replicó el anciano—. Confórmese con embolsarse las tres libras que va a cobrarme por la visita y déjeme en paz. No le necesito para nada.

—Señoría...

— ¡La vista ha terminado! —le cortó el juez, haciendo el gesto de golpear un inexistente estrado con una invisible maza—. Acompañe a estos caballeros, si lo desea. Por supuesto, no le incluyo a usted en la invitación. Si quiere emborracharse, como todas las noches, rásquese su propio bolsillo.

—Yo no me emborracho nunca, señoría. Soy un hombre muy serio, y apenas pruebo el alcohol.

— ¡Peor para usted! Como dijo Martín Lutero, quien no ama el vino, las mujeres y las canciones, no es más que un imbécil.

— ¡Bonito aforismo para ser admitido por un respetable juez de la Corona!

—Lo prefiero a los aforismos de Hipócrates de quien, por otra parte, es usted tan indigno representante.

— ¡Buenas noches! —dijo el médico a Caroline, sin hacer el menor caso de las pullas de su paciente—. Si le da otro arrechucho, no vacile en llamarme.

— ¡No caerá esa breva, «matasanos»! —replicó el juez—. No se haga ilusiones: si pretende embolsarse otras tres libras esterlinas con el solo esfuerzo de cruzar la calle y venirme a importunar con sus jeringuillas y estetoscopios, es mejor que se olvide de ello. Si quiere aumentar la lista de sus pacientes, vaya a visitar la mula de los Porter, que me han dicho que está un poco pachucha.

—No crea que me ofende —respondió el médico, agarrando su maletín de cuero y encaminándose hacia la puerta—. Por lo menos, la mula de los Porter no sería tan testaruda como usted. ¡Buenas noches!

—Lo serán cuando usted se haya largado —le espetó el juez—. Y no haga caso de mi sugerencia. Los Porter son amigos míos y no quisiera que, por mi culpa, se quedaran sin ese pobre animal.

Scott y Mills también se despidieron.

—Me voy a la cama, Caroline —oyeron decir al anciano antes de cruzar la puerta—. Pero no lo hago por seguir el consejo de ese estúpido «matasanos», sino por propia decisión.

—Sí, tío —dijo la muchacha.

El escritor y Mills decidieron regresar al monasterio.

Una vez en Marlow Hill, Mills, que había permanecido silencioso durante todo el camino, dijo antes de meterse en su cubil:

—Tal vez le interese saber, señor Scott, que fue un antepasado del juez Carley quien condenó a la hoguera a la madre de Avram Finching.

— ¡Diablos! —se limitó a exclamar Scott.

Al día siguiente, domingo, Gilbert Scott se dedicó a visitar las ruinas del monasterio y sus alrededores.

La mañana del lunes amaneció lluviosa y un poco fría.

— ¡Bien! —se animó a sí mismo Scott al sentarse frente a la vieja «Underwood», tal vez ese cambio en el tiempo me ayude a encontrar esa inspiración que, hasta el momento, se ha mostrado tan esquiva.

Tecleó algunos párrafos; pero, al releerlos, no encontró de su gusto lo que había escrito. No era lo que él quería.

Tiró del papel aprisionado por el rodillo y lo hizo pedazos. A continuación, intentando dominar sus nervios, encendió un cigarrillo y colocó otro «emparedado» en la máquina, comprobando minuciosamente que el papel carbón estuviera bien encarado.

Una hora después las colillas se habían amontonado en el cenicero, pero el folio seguía en blanco. Tan blanco como su mente.

Ni siquiera el título, lo único que aparecía en el centro de la página, acababa de gustarle.

«Resulta un tanto manido» —pensó.

Por la tarde, después de comer, se dirigió al pueblo para hablar por teléfono con Londres, aprovechando la coyuntura para llevar a la señora Flintwich a su casa.

El señor Sturgeon aseguró sentirse muy complacido al saber que la estancia de Scott en Marlow Hill transcurría sin novedad.

— ¿Qué tal va su trabajo? —preguntó.

—Bien —mintió Scott.

—Me alegro —carraspeó el señor Sturgeon—. No se olvide de enviarme el primer capítulo así que lo tenga terminado.

—No tema: lo tendrá en su poder dentro de un par o tres de días, si el correo no se retrasa.

—El servicio de correos y los trenes son las dos únicas cosas que siempre han funcionado a la perfección en este país —replicó el señor Sturgeon—; incluso cuando, por estulticia de los electores, es el partido laborista el que está en el poder.

—Muy bien, señor Sturgeon. En tal caso, tendrá lo prometido en la fecha indicada.

—Satisfactorio —dijo el representante de la Multinacional de

Ediciones Galvy al otro lado de la línea.

Y colgó el auricular.

Whiteland no era muy grande. Por eso no tuvo nada de extraño que Scott se encontrara a la sobrina del juez Carley en la calle principal del pueblo.

— ¿Cómo está su tío? —preguntó Scott, previos los saludos de rigor.

—Muy bien —respondió Caroline—. Por lo menos, ésa es la opinión del propio interesado. Por desgracia, es una opinión que no puede tenerse muy en cuenta. El doctor Gowan, que no es tan incompetente como mi tío supone, me ha dicho que no puedo tener muchas esperanzas.

—Lo siento —murmuró Scott.

—Su dolencia cardíaca es irreversible —dijo ella con expresión apenada—. Y como no se cuida...

Caroline forzó una sonrisa.

—Pero hablemos de otra cosa —dijo—. ¿Qué tal va esa novela que está usted escribiendo?

—Tan mal como el corazón de su tío —se sinceró Scott.

— ¿Se ha atascado?

—Peor que eso, Caroline: todavía no la he empezado.

Ella volvió a sonreír.

— ¿Cómo es eso? Según me han dicho, la pereza no es uno de los vicios de nuestros primos del otro lado del Atlántico.

—Es posible que yo sea la excepción; esa famosa excepción que confirma todas las reglas. Pero no creo que tan deprimente resultado sea fruto de mi pereza, Caroline.

— ¿De qué, entonces?

—De la falta de inspiración.

— ¡Oh! ¿Quién fue el que dijo que toda obra de arte no se consigue por inspiración, sino por transpiración?

—Una persona inteligente, sin duda. Pero, en mi caso, la transpiración resulta tan ineficaz como el soplo de las musas.

— ¿No dispone de ninguna en particular?

— ¿Qué quiere decir?

Los ojos de la muchacha le observaron con cierta malicia.

—Bien —manifestó—, se asegura también que detrás de cada artista hay siempre una mujer.

— ¡Oh! —hizo un mueca Scott—. La única mujer que hay en mi vida es mi tía de Cincinnati. Y lo único que puedo esperar de ella es que me envíe una postal por Navidad.

Y añadió:

—Si usted quisiera ser mi musa...

— ¿Yo? —se desconcertó Caroline.

— ¿Por qué no?

—No creo tener demasiada experiencia en tales menesteres.

— ¡Oh! No es necesario tenerla. Basta con que me permita pensar en usted.

—El pensamiento es libre.

—También sería conveniente que me prometiera que volveremos a vernos.

—Bueno —dijo ella a modo de despedida, procurando ocultar su turbación—. Si es capaz de soportar con paciencia las impertinencias de mi tío, puede venir a visitarnos cuando guste.

Y se alejó sin volver la cabeza.

Aquella noche, al acostarse, Gilbert Scott tardó en dormirse más de lo acostumbrado.

La lluvia golpeaba en los cristales de la ventana.

El sueño acudió al fin a su llamada. Cuando despertó, la claridad de la luna entraba por la ventana. No era el rumor del viento lo que le había despertado, sino un extraño ruido que procedía de la planta baja.

— ¡No es posible! —exclamó, aguzando el oído.

Pero tuvo que rendirse a la evidencia. Alguien estaba escribiendo a máquina en la biblioteca, no había duda.

El repiqueteo llegaba claramente hasta él, monótono y acompasado, turbando el silencio de la noche.

Apartó las sábanas para levantarse, buscando a tientas la linterna que había comprado en el pueblo.

Pero el tecleto cesó de pronto.

«Habrà sido una ilusión de mis sentidos» —pensó Scott, volviendo a tenderse en el lecho.

Escuchó unos instantes con atención, pero solo pudo oír el apagado rumor del viento y el ruido de una carcoma que se dedicaba a su labor de zapa en alguno de los viejos muebles de la habitación.

Volvió a dormirse y no se despertó hasta que se hizo de día.

Antes de vestirse, utilizó el artilugio que le había preparado Mills para tomar una ducha.

El agua estaba muy fría, pues procedía directamente de una especie de cisterna colocada encima del tejado.

Poco después bajó a la cocina y se preparó él mismo el desayuno, puesto que Mills no había aparecido todavía.

Terminada su colación, encendió el primer cigarrillo del día y se encaminó hacia la cercana biblioteca, donde había instalado su estudio.

El cigarrillo estuvo a punto de desprenderse de sus labios cuando echó una ojeada a la máquina de escribir.

En apariencia, todo seguía igual.

Solo en apariencia, ya que el folio colocado en el rodillo, en blanco el día anterior, aparecía ahora mecanografiado hasta el final.

— ¡Vaya! —exclamó—. Ese granuja de Mills ha querido gastarme una broma.

Leyó lo que aparecía escrito en el folio, y un escalofrío le recorrió la espalda.

— ¡Qué diablos...!

No: no era posible que Mills hubiera escrito aquel texto. Aun suponiendo que sus torpes manos de campesino supieran utilizar la «Underwood», no era posible imaginar siquiera que fuera capaz de redactar aquello.

«Aquello» era, ni más ni menos, que el arranque del primer capítulo de la obra que él tenía en la mente y que, hasta ahora, no había sido capaz de trasladar al papel.

¿Quién lo había hecho en su lugar?

Volvió a leer el texto escrito, mecanografiado con toda pulcritud, y se ratificó en su primera impresión.

¡Era verdaderamente formidable!

Su idea estaba allí; pero plasmada con tal maestría y calidad literaria, que ni el más famoso escritor de todos los tiempos la hubiera desarrollado con tal perfección.

Todavía estaba intentando recobrase de su asombro, cuando se abrió la puerta y entró Mills.

— ¿Quiere un poco de café? —preguntó—. Acabo de hacerlo para mí y...

— ¡Oh! —se sobresaltó Scott—. ¿Es usted?

— ¿Qué le ocurre? —inquirió el guardián del monasterio al observar la expresión de su huésped—. Se diría que acaba de ver un fantasma.

—Pues...

—Amigo mío —movió la cabeza Mills—, me parece que trabaja usted demasiado.

— ¿Demasiado? Pero si todavía no he empezado.

—Me refiero a esta noche...

— ¿Esta noche? —balbució el joven americano, mientras intentaba extraer, con mano temblorosa, un cigarrillo del paquete que estaba sobre la mesa.

—Sí —replicó Mills—, le oí teclear en la máquina.

—Está en un error. Yo...

—No; si no me importa. Gracias a las pastillas que me recetó ese médico de Londres duermo perfectamente. Pero ayer me olvide de tomarlas y... Me extrañó que se quedara a trabajar de noche, pues usted me dijo que no tenía esa costumbre.

Scott encendió el cigarrillo, procurando que el temblor de la mano que sostenía el encendedor no fuera demasiado ostensible.

— ¿No quiere un poco de café? —insistió Mills—. Si se ha pasado

la noche manejando este cacharro, una taza de café bien cargado le despejará.

—Sí —murmuró Scott—, bajaré a tomarlo.

—No tarde demasiado —se encaminó el guardián hacia la puerta —, pues es mejor tomarlo bien caliente.

Cuando Scott se quedó solo, aplastó el cigarrillo a medio consumir en el cenicero y se levantó para asomarse a la ventana en busca de un poco de aire puro.

No lo encontró.

A pesar de que la lluvia de la noche pasada había refrescado el ambiente, un hálito pegajoso y dulzón le llenó los pulmones.

«Es ese maldito tabaco» —pensó.

Pero no era eso.

El hedor que hería su garganta y sus pituitarias parecía producido por una materia en descomposición de ignorada procedencia.

—Huele a muerto —murmuró, dirigiendo una medrosa mirada hacia las silenciosas tumbas.

Cerró la ventana, pero el mal olor no desapareció. Por el contrario, se hizo más persistente.

—Puede que se trate de una rata —gruñó con disgusto—. Le diré a Mills que...

De pronto, los folios que estaban apilados sobre la mesa empezaron a revolotear por el aire, como si una mano invisible hubiera dado un manotazo a las hojas de papel.

— ¡Maldita sea! —exclamó, agachándose para recuperar los folios esparcidos por el suelo.

Atribuyó el fenómeno a una corriente de aire, pero inmediatamente desechó la explicación, pues la puerta y la ventana estaban cerradas.

¿Pero qué importaba aquello?

Aunque todos los libros de las estanterías se hubieran puesto a bailar una frenética danza por la habitación, no le hubiese sorprendido e inquietado tanto como la presencia de aquella hoja de papel mecanografiada, colocada como un enigmático desafío en el rodillo de la máquina.

— ¡No es posible! —dijo en voz alta.

La explicación se le ocurrió de pronto; una explicación, por cierto, nada tranquilizadora.

—Nadie ha escrito esto —musitó, sentándose frente a la mesa en actitud abatida—, sino yo mismo.

Scott había oído hablar de casos parecidos.

Lo que había ocurrido, y su convicción se hizo más firme a cada momento, era uno de esos fenómenos que, aunque no muy frecuentes, nada tienen que ver con lo paranormal y esotérico.

«No hay duda —pensó—; obsesionado por mi falta de inspiración, me he levantado en sueños y escrito, en estado inconsciente, lo que, despierto, había sido incapaz de trasladar al papel.

— ¡Dios mío! —se estremeció—. No creo que esa sea la solución para mi problema. No es probable que el fenómeno vuelva a producirse.

El olor a rata muerta y en descomposición se hizo más fuerte, como si la habitación se estuviera saturando de él.

¿Pero era una rata?

Entonces recordó que Mills le estaba esperando en la cocina y salió de la habitación.

Antes de cruzar la puerta, volvió la cabeza y observó de una rápida mirada la hoja de papel colocada en la «Underwood».

Su apariencia no podía ser más inofensiva, pero...

—Mills —dijo mientras saboreaba la segunda taza de café—, creo que hay una rata muerta en mi estudio.

Mills se sorprendió.

— ¿Una rata muerta?

—Sí.

— ¡Hum! No es posible; nunca he visto ratas en este lugar. Tal vez las hubo en otros tiempos, cuando esos que están enterrados ahí fuera tenían algo de carne sobre los huesos. Pero ahora...

Scott se apartó la taza de café de los labios, sin poder evitar una mueca de disgusto.

— ¿No está bueno? —inquirió Mills.

—Sí, sí, pero ese comentario que usted acaba de hacer...

— ¡Oh! —se excusó el guardián del monasterio—. A veces me comporto como un estúpido. Pero insisto en que aquí no hay ratas. Los únicos bichos que corretean alrededor de las tumbas son lagartijas, hormigas y babosas.

Definitivamente, Scott se olvidó del café.

—Ahí viene la señora Flintwich —observó Mills a través de la ventana—. Voy a ayudarla, pues viene cargada con la cesta de provisiones.

—Yo voy a trabajar un poco —dijo Scott.

Cuando entró en la biblioteca, notó que el mal olor había desaparecido.

«Menos mal» —pensó.

Venciendo su aprensión, se sentó frente a la máquina de escribir y quitó el folio del rodillo.

—Puesto que, aunque sea en sueños, soy capaz de enfrentarme con esa maldita novela —murmuró—, voy a proseguir lo que he iniciado esta noche.

Colocó otro «emparedado» en el rodillo, igualando los bordes con todo cuidado y encendió el consabido cigarrillo.

Releyó lo que estaba escrito en la otra hoja y, tras una corta meditación, empezó a teclear.

Apenas había hilvanado un par de frases cuando comprendió que todo era inútil.

Lo que en sueños le había resultado tan fácil, en estado de vigilia se le presentaba como una tarea imposible.

— ¡Por todos los diablos! —se enfureció consigo mismo.

Se levantó y empezó a pasear por la habitación como un animal enjaulado, acabando por dar una furibunda patada a la silla.

«Calma, muchacho —pensó, volviendo a colocar la silla en su lugar—, no vas a ganar nada si te dejas llevar por los nervios y te comportas como un imbécil.»

Dispuesto a perder de vista aquel lugar, subió a su habitación, donde encontró a la señora Flintwich ocupada en hacerle la cama.

—Le he colocado la ropa limpia en el armario —dijo la asistenta—. Luego, antes de marcharme, vendré a buscar la que tenga para lavar. Espero que esté a su gusto, señor Scott.

—Sí, no se preocupe.

La mujer iba a explicarle:

—La he planchado con el mayor cuidado; pero al colocarla en la cesta...

—No importa, no importa —replicó con impaciencia Scott, que estaba deseando quedarse solo.

Por fortuna, la señora Flintwich no era muy habladora.

Echó una mirada en torno a la habitación, por si había olvidado algo, y salió en dirección al pasillo, camino de la cocina.

— ¿Qué le ocurre a ese muchacho? —preguntó la señora Flintwich a Mills, cuando este regresó a la cocina con el plato que había preparado para Scott casi intacto.

—Dice que no tiene apetito —se encogió de hombros el guardián del monasterio.

—No me extraña —sentenció la señora Flintwich—: fuma demasiado. A mi difunto marido le ocurría lo mismo; no se quitaba la pipa de la boca y, cuando se sentaba a la mesa, comía menos que un pajarito. Fue el vicio de fumar lo que llevó a la tumba.

— ¿Pero no murió atropellado por un camión? —se extrañó Mills.

—Sí, pero al cruzar la calle para entrar en un estanco.

—Fue en España, ¿no?

—Sí, señor Mills: durante las vacaciones. Como allí tienen la extraña costumbre de circular por la derecha, mi pobre George no advirtió la presencia de aquel camión y...

La señora Flintwich se secó las lágrimas con la punta del delantal.

—A ese joven le preocupa algo —dijo Mills para cambiar de conversación.

— ¿Qué?

—No lo sé —se rascó la mal afeitada mejilla Jonathan Mills—. ¿Sabe lo que me dijo esta mañana?

—No —movió la cabeza la señora Flintwich.

—Me dijo que había una rata muerta en el lugar donde está trabajando.

— ¿Una rata muerta?—se ofendió la buena mujer— ¡Si hago una limpieza a fondo todos los días! ¡Es imposible!

—Eso le dije yo.

—Todos esos extranjeros son un poco raros. Todo les molesta y se preocupan por nada.

— ¡Ya puede usted decirlo, señora Flintwich! En mi lugar le quisiera ver, con esos terribles tañidos repicando sin cesar en mi cabeza...

—Tiene que ser algo muy molesto —se compadeció la señora Flintwich.

— ¡No lo sabe usted bien! —exclamó Mills—. Pero no me hace perder el apetito.

Y para demostrarlo, se sirvió una buena ración del potaje al estilo escocés que había preparado su interlocutora.

Gilbert Scott abandonó el comedor y, en lugar de entrar en el estudio, se fue a dar un paseo por los alrededores, evitando cruzar por el cementerio.

Estuvo caminando por espacio de tres horas.

A la hora de cenar comió con mejor apetito y, después de una insulsa y, afortunadamente, corta charla con Mills, subió a su habitación para acostarse.

Fatigado por el prolongado paseo, se durmió casi inmediatamente.

Al día siguiente, en contra de lo acostumbrado, se levantó muy animado y con la mente despejada.

El espejo del lavabo le devolvió la imagen de un rostro alegre, sin la menor señal de fatiga.

— ¡Bravo! —exclamó mientras se afeitaba—. Tengo la seguridad de que la crisis ha pasado.

Pero, al parecer, su repentino optimismo era del todo infundado.

Cuando entró en el estudio, vio que el folio nuevo que había colocado el día anterior en la máquina de escribir estaba mecanografiado hasta el final.

— ¡Dios mío! —exclamó con el corazón oprimido por una súbita sensación de angustia.

Y eso no era todo.

Junto a la Underwood, debajo del cenicero de cobre, utilizado como pisapapeles, había un pequeño montón de folios escritos.

— ¡Santo Dios! —gimió—. Ha vuelto a ocurrir otra vez. Nuevamente me he levantado en sueños para trabajar en la tarea que soy incapaz de realizar despierto.

Comprobó, al examinar las hojas, que su labor nocturna había

sido muy productiva.

Había terminado todo el primer capítulo de la novela.

Lo leyó y, como la vez anterior, comprobó que su subconsciente, su otro yo, o como diablos quisiera llamársele, había realizado un excelente trabajo.

— ¡Vaya! —exclamó, como si sintiera envidia del «otro»—. Al parecer, he estado varias horas dándole a las teclas.

Irritado, estuvo a punto de hacer pedazos los folios escritos.

Pero se contuvo a tiempo.

—Sería una estupidez —murmuró—. Despierto o en estado de sonambulismo, yo soy el autor de esta maravilla.

Se sentó frente a la máquina y redactó una corta misiva para el representante de la editorial en Londres.

Luego metió la carta y las hojas originales en un sobre con la dirección del señor Sturgeon.

Poco después, al volante del viejo Bentley, descendió por el sendero de la colina para tomar la carretera que conducía al pueblo.

Una vez en Whiteland, entró en la oficina de Correos.

Cumplida esa diligencia, entró en la taberna para beber una cerveza.

El propietario de «La Comadreja Alegre», que estaba lanzando unos dardos a un blanco colgado de la pared, se apresuró a servirle.

En el establecimiento no había nadie más en aquel momento.

— ¿No viene el juez Carley por aquí? —preguntó Scott.

—Solo al atardecer. Es uno de mis mejores parroquianos, pues no falta ninguna noche.

Al salir de «La Comadreja Alegre», que en aquel momento no hacía demasiado honor a su adjetivo, estuvo tentado de encaminarse a casa del juez. Pero desistió de ello al considerar que era demasiado temprano para hacer visitas.

No era el juez Carley quien le interesaba, por supuesto, sino su sobrina.

Su esperanza de encontrar casualmente a Caroline en alguna de las calles de la localidad se vio pronto desvanecida.

Contrariado, volvió a subir al coche y tomó el camino de regreso a Marlow Hill.

Hasta no recibir la respuesta del señor Sturgeon no pensaba sentarse en el pabellón.

Gilbert Scott, durante las cortas vacaciones que se había concedido a sí mismo, se ocupó en hojear algunos de los viejos volúmenes que había en las estanterías de su cuarto de trabajo.

Algunos tenían verdadero interés, pero no pudo concentrar su atención en la lectura. Le preocupaba una terrible duda. ¿Sería capaz de proseguir su trabajo?

Si Sturgeon daba su aprobación al primer capítulo, como era de esperar, ¿conseguiría la misma calidad en los otros?

Tenía sus dudas.

En su segundo día de espera, Scott se dirigió a Whiteland con la intención de visitar a los Carley.

El juez estaba podando unos rosales en el jardín y le acogió con gran amabilidad.

— ¿Se quedará a tomar el té con nosotros? —preguntó su señoría.

—No quisiera molestar.

— ¡Oh! —sonrió el juez—. No se preocupe. No vamos a obligarle a echarse al colete una bebida tan repugnante. Lo de tomar el té es solo una manera de hablar. Dispongo de un jerez excelente. Y si prefiere el whisky, tengo una botella escondida en un cajón de mi mesa de trabajo. Caroline no está en casa y podremos...

La noticia enfrió en gran parte el interés que el joven americano había puesto en la visita.

—No tardará —dijo el juez con expresión maliciosa, como si adivinara lo que estaba pasando por la mente de Scott.

—Yo...

—Vamos —dijo su anfitrión, agarrando a Scott por el brazo—. Hay que darse un poco de prisa, si queremos evitar que esa jovencita impertinente interrumpa nuestra inocente diversión.

Al terminar el plazo establecido, Scott volvió al pueblo para hablar por teléfono con el señor Sturgeon.

— ¡Magnífico, muchacho! —vibró de entusiasmo la voz del representante de la Multinacional de Ediciones Galvy—. Su trabajo es francamente bueno. En cierto modo, eso nos obligará a cambiar nuestros planes.

— ¿Eh? ¿Qué quiere decir? —preguntó con cierta aprensión el joven escritor.

—No; no se preocupe —le tranquilizó su invisible interlocutor—. Usted va a salir beneficiado.

—Pero...

—Voy a ser sincero con usted, muchacho —le interrumpió Sturgeon—. Fue la computadora de nuestra casa central la que le escogió a usted para ese trabajo. Necesitábamos un escritor vulgar, sin pretensiones, incapaz de crear ningún problema. El éxito comercial de la obra dependería exclusivamente de la labor de nuestro equipo de publicidad.

—Sí, ya me imaginaba eso.

—Usted, señor Scott, obtendría una buena cantidad y cierta fama; una fama pasajera, por supuesto, que no tendría continuidad alguna. Pero ahora...

— ¿Qué? —preguntó Scott, con el auricular pegado a la oreja y la frente empapada de sudor.

—Ahora es distinto. Su libro va a tener una acogida sensacional. Vamos a lanzarlo al mercado en la forma prevista, pero con una tirada cuatro veces superior. Y se harán otras ediciones, estoy seguro. Por lo tanto...

— ¿Qué?

—Nos interesa contratarle en exclusiva.

—Pero...

—Eso supone la fama, señor Scott: la consagración definitiva.

—Pero supongamos que yo...

— ¡Maldita sea! —se impacientó Sturgeon—. ¿Qué está imaginando? Un tipo que es capaz de escribir como usted no puede tener miedo a nada. Cuando haya terminado la novela, tráigamela

usted personalmente. He hablado con Nueva York, y estoy autorizado para extender un contrato en las mejores condiciones. A cambio de la exclusiva de todas sus obras, nosotros... Bueno, para que se haga una idea del brillante porvenir que le espera, debe saber que voy a extenderle un cheque de un millón de dólares en concepto de anticipo.

— ¿Un millón?

—Eso he dicho, señor Scott. Y eso es solo el principio. Termine su novela y...

— ¡Diablos! —exclamó Scott—. La verdad es que no sé qué decir.

—No diga nada, muchacho. Deje de perder el tiempo hablando conmigo y póngase a trabajar inmediatamente.

—De acuerdo, pero...

— ¡Adiós, señor Scott! —colgó el otro.

Gilbert Scott se quedó unos momentos observando el auricular que tenía en la mano y luego, lanzando un suspiro, lo depositó suavemente en el soporte, interrumpiendo a su vez la comunicación.

— ¡Por todos los diablos! —exclamó al abandonar la cabina.

Su garganta estaba tan reseca a causa de la emoción, que se apresuró a entrar en «La Comadreja Alegre» para tomar una pinta de cerveza.

—Póngame otra —le dijo al propietario del establecimiento una vez consumida la primera.

El camino hacia Marlow Hill se le hizo interminable, tal era su impaciencia por ponerse a trabajar.

Una pirámide de colillas retorcidas y malolientes descansaba sobre el anacrónico cenicero de cobre.

La última humeaba todavía.

La habitación estaba tan llena de humo que Scott se levantó para abrir la ventana. Sus ojos estaban enrojecidos por la fatiga y la cabeza le dolía intensamente.

Anohecía.

Todavía había algo de luz en el valle, tranquilo y silencioso, pero bajo las ramas de los árboles del cementerio reinaba ya una ominosa oscuridad.

Solo las losas de las tumbas salpicaban de manchas blanquecinas el oscuro césped.

No se movía ni una sola hoja.

Sin embargo, la hiedra que cubría en parte la tumba donde estaba enterrado Avram Finching se estremeció como si una mano invisible la hubiera agitado.

Algún pájaro nocturno revoloteó entre el ramaje, como si algo le hubiera asustado, emitiendo un agudo chillido.

Instintivamente, Gilbert Scott volvió a cerrar la ventana.

Se acercó a la mesa para encender la lámpara de petróleo, pero no completó su movimiento.

«No vale la pena» —pensó.

Todo el optimismo de unas horas antes le había abandonado por completo.

Había emborronado varios folios, llenos ahora de tachaduras y enmiendas, pero el resultado había sido desolador.

Por más que había intentado concentrarse, las ideas no acudieron a su mente y las pocas frases que había hilvanado aparecían desmayadas, carentes de sentido, conceptuosas y enrevesadas.

Siempre había escrito directamente, sin hacer ningún borrador. Sus trabajos anteriores, si bien poco brillantes, no carecían de soltura y espontaneidad.

No eran excepcionales, pero sí correctos.

¿Qué diablos le ocurría ahora? Era como si su cerebro se hubiera convertido en un pedazo de corcho, insensible y frío.

¿Se estaba dejando influenciar por el ambiente que le rodeaba?
¿Estaría embrujado aquel maldito lugar?

Gilbert Scott, que siempre había hecho gala de un espíritu racionalista y pragmático, no podía admitir que su estado de ánimo fuera debido a causas que no tenían una explicación normal.

— ¡Maldita sea! —exclamó—. Ese cara de palo del señor Sturgeon me ha jugado una mala pasada al elegir este lugar para que escribiera mi novela. Sin duda ha obrado con buena intención, pero ha metido la pata hasta la corva.

Disgustado, salió de la estancia, no sin antes dirigir una aviesa mirada a la silenciosa «Underwood».

—La cena ya está lista —le dijo Mills, con quien se cruzó en el pasillo.

—No tengo apetito —replicó huraño Scott—. Me voy a acostar.

— ¡Hum! —movió la cabeza el guardián—. Tal vez le convendría darse una vuelta por «La Comadreja Alegre».

—No —replicó el joven—. No me apetece.

En realidad, lo único que le apetecía era tumbarse en la cama, buscando en el sueño un alivio para la angustiada impotencia que le dominaba.

Se tendió vestido, sin fuerzas para despojarse de la ropa.

«De ese modo —pensó con amarga ironía—, si esta noche me levanto en sueños a trabajar, no me expondré a pillar una pulmonía».

Apagó la vela colocada sobre una palmatoria de loza y reclinó la cabeza sobre la almohada.

Contra lo esperado, se durmió inmediatamente.

Apenas llevaba un par de horas entregado al sueño cuando, abajo, en el improvisado estudio, la máquina empezó a repiquetear.

Fue ese ruido el que le despertó.

Aunque todavía amodorrado y confuso, pudo identificar inmediatamente su causa y procedencia.

¡Alguien estaba utilizando la «Underwood», y ese «alguien» no era él!

No podía estar tendido en el lecho, en su habitación, y al mismo tiempo tecleando en la máquina de escribir situada en la planta baja.

Ni siquiera se preguntó, como suelen hacer los protagonistas de las novelas en situaciones angustiosas: «¿Estaré soñando?».

En la vida real no existen esa clase de dudas.

Estaba despierto y bien despierto, y con la mente lo suficientemente lúcida para llegar a una inquietante conclusión: no era él, en sueños, quien había estado trabajando en el estudio las noches anteriores.

Pero, si aquel fenómeno de sonambulismo no se había producido, ¿quién había escrito en realidad el primer capítulo de su novela?

Gilbert Scott buscó un encendedor en sus bolsillos y encendió la vela.

Abajo, con ritmo lento, pero sin interrupciones, la máquina seguía repiqueteando.

—Hay que salir de dudas —determinó, poniéndose en pie.

Salió al pasillo con la vela en la mano, provocando en las paredes una fantástica danza de luz y de sombras.

La escalera de madera que conducía a la planta baja crujió bajo sus pies.

A medida que se acercaba a la puerta del estudio, el ruido de la «Underwood» funcionando se escuchaba con más claridad. Se escuchaba también el timbre que avisaba la inminencia del final de la línea y sordo rumor del rodillo al girar, accionado por la palanca de interlineación.

La puerta estaba entreabierta, por lo que pudo darse cuenta de que la estancia estaba sumida en la oscuridad.

— ¡No es posible! —murmuró—. Sea quien sea el que está utilizando la «Underwood», ¿cómo puede trabajar a oscuras?

Scott vaciló antes de entrar.

¿Qué iba a encontrar al otro lado de la puerta?

La empujó suavemente, procurando evitar el menor ruido, y la vacilante luz de la vela le precedió, disipando en parte las tinieblas.

— ¡Dios mío! —exclamó Scott, alzando la palmatoria por encima de su cabeza.

En la estancia no había nadie.

Con los ojos dilatados por el miedo, sintiendo que la sangre se le agolpaba en la cabeza y le temblaban las piernas, se obligó a sí mismo a posar la mirada en la máquina de escribir.

¡La «Underwood» seguía funcionando!

Las teclas se movían rítmicamente, impulsando a los tipos a golpear el papel colocado en el rodillo.

Pero, ¿era realmente así o se trataba simplemente de una ilusión de sus sentidos?

El tecleo cesó de repente, produciendo un silencio ominoso e inquietante.

Lo primero que se le ocurrió a Scott fue que el intruso, al verse sorprendido, se había escondido detrás de algún mueble.

Pero le bastó una rápida ojeada para desechar de inmediato tal suposición.

¡No había nadie!

Tampoco había podido escapar por la ventana, ya que esta estaba cerrada.

— ¡Por todos los diablos! —se enfadó consigo mismo Scott—. ¡Esta maldita broma ya pasa de castaño oscuro!

Una repentina y fuerte ráfaga de aire apagó la vela y cerró la puerta que había dejado entreabierta a sus espaldas.

— ¡Lo que faltaba! —exclamó el joven escritor.

Furioso, con los erizados cabellos empapados de sudor, se revolvió para buscar a tientas el tirador de la puerta.

Tardó un siglo en encontrarlo. Pero al agarrarlo, por más que se esforzó, no pudo hacerlo funcionar.

¡Estaba encerrado!

De espaldas a la puerta, procuró descubrir el menor movimiento que se produjera en la estancia, al par que sus oídos permanecían atentos a percibir el menor ruido.

Una claridad lechosa y enfermiza entraba a través de la ventana.

De pronto, aquel nauseabundo olor a podrido, que ya notara en otra ocasión, le inundó la garganta y las fosas nasales, provocándole unas incontenibles ansias de vomitar.

Fue entonces cuando escuchó la voz.

No le llegaba de un lugar determinado, sino de cada uno de los rincones de la habitación.

Y no eran sus oídos los que la percibían, sino su cerebro, produciendo en el interior de su cabeza unas escalofrantes resonancias.

— ¡No! —exclamó, llevándose las manos a la frente.

—Sabía que acudirías a mi llamada, Scott —dijo la voz, fría y penetrante como el hielo.

— ¿Quién es usted? ¿Dónde se esconde? —preguntó Scott con desmayado acento, notando que sus piernas se negaban a sostenerle.

—No temas —dijo el propietario de la voz—. No voy a hacerte ningún daño.

— ¿Quién es usted? —volvió a preguntar Scott, forzando la mirada para descubrir a su invisible interlocutor.

—Avram Finching.

—¿Avram Finching?

—Sí, Scott.

— ¡No es posible!

Sobreponiéndose a su espanto, Scott intentó buscar una explicación razonable a lo que estaba ocurriendo.

— ¡Ya basta, Mills! —dijo—. Creo que está llevando su broma demasiado lejos.

—Jonathan Mills está en su cama, durmiendo apaciblemente.

—Entonces...

—Soy Avram Finching.

— ¡No es posible! —repitió Scott—. Usted... ¡Usted está muerto!

—En efecto —reconoció la voz—. Hace más de cuatrocientos años que abandoné el mundo de los vivos para penetrar en el reino de las

sombras. Pero cada cuatro años, cuando voltea la campana que está enterrada en el fondo del lago, mi espíritu sale de la tumba para intentar llevar a cabo mi venganza.

— ¿Su... su venganza?

—Sí, Scott. Los que quemaron a mi madre en la hoguera deben morir.

— ¿Morir? ¡Ya están muertos! ¡Tan muertos como usted, Finching! ¿Cómo puede vengarse de ellos?

—En sus descendientes —respondió la voz.

— ¡No! —exclamó Scott, recordando lo que le había dicho Mills la noche que estuvieron en Whiteland—. ¡No es posible que haga responsable al juez Carley y a su sobrina de algo que ocurrió hace cientos de años!

—En el lugar donde yo estoy, el tiempo no existe para mí.

— ¡Es una locura! —se exasperó Scott—. ¿Qué culpa tienen ellos de lo que le ocurrió a su madre en un pasado ya olvidado por todos?

—Yo no lo he olvidado.

—Pero...

—Era casi un niño cuando aquellos hombres vestidos de negro, arrastrados por su fanatismo, condenaron a la mujer que me dio el ser a morir entre las llamas de una hoguera.

»Algunos se compadecieron de la pobre mujer que tenían ante sí, solicitando una sentencia absolutoria; pero el hombre que presidía el tribunal, el más despiadado de todos, hizo prevalecer su opinión. Mi madre era una bruja y, como tal, debía ser ejecutada. Aquel hombre era un Carley.

—Pero ya ha muerto.

— ¡No importa! Su estirpe no se ha extinguido todavía. Mis huesos no reposarán en paz hasta que el último descendiente de esa raza maldita haya sido borrado de la faz de la tierra.

Scott, pegada su espalda a la puerta que le mantenía encerrado entre los muros de aquella siniestra estancia, se dejó resbalar lentamente hasta el suelo.

— ¡No es posible! ¡No es posible! —gimió.

—Tú, Scott, el hombre llegado desde el otro lado del mar, serás el instrumento de mi venganza.

—Yo...

—El destino te ha colocado en mis manos.

Gilbert Scott, pese al terror que sentía, luchando por conservar el último resto de su humana dignidad, encontró fuerzas para rebelarse.

— ¡No! —exclamó.

Adelantó su mano abierta, como si quisiera detener los ecos de aquella voz que le martilleaba el cerebro, y gritó:

— ¡Vuelve al lugar de donde has salido, maldito engendro de

Satanás! ¡No eres un ser real y ni siquiera un fantasma, sino el producto de mi imaginación extraviada y delirante!

—Te engañas.

— ¡Es mi mente quien te ha creado!

Se aferró a la idea como el desventurado alpinista que, suspendido sobre el abismo a causa de un accidente, se sujeta con desesperación a cualquier arista de una roca.

— ¡Sí! —gritó, dispuesto a convencerse a sí mismo de que estaba en lo cierto—. ¡Estoy enfermo!

—No, Scott —casi se compadeció de él la voz.

— ¡Sí! ¡Es la fiebre lo que me hace tomar por realidad lo que solo es el producto de...!

La carcajada de su invisible interlocutor retumbó en su cabeza como si surgiera de las profundidades de una granítica caverna.

—No estás enfermo, Scott —dijo—, sino asustado.

Eso último era tan evidente, que el joven escritor no se molestó en desmentirlo.

—Tú, como todos los que todavía os arrastráis por este mundo lleno de dudas e incertidumbre —siguió diciendo la voz—, sientes miedo ante todo aquello que no comprendes y que escapa a lo que vosotros llamáis leyes naturales.

»Como el gusano que vive en el interior de una manzana, ajeno a lo que hay más allá de la pulpa que le sirve de habitación y de alimento, los mortales suponéis que no hay otros mundos y otros planos astrales; otros universos que no están supeditados a vuestras limitaciones.

»En uno de estos libros que duermen olvidados en esta misma habitación, un hombre, escribió durante su corto peregrinaje por la tierra: “Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que se sueñan en tu filosofía”.

— ¡Shakespeare!

—Sí —respondió la voz—. Él intuyó, como algunos poetas, los misterios de ese otro mundo al que tú también serás arrastrado cuando se cierren tus ojos mortales y tu carne empiece a ser pasto de esos voraces invertebrados de cuerpo blando y gelatinoso, que desnudan los cuerpos de los muertos de toda su carroña.

—Si todos hemos de pasar por eso, ¿por qué deseas vengarte, Avram Finching?

—Para cumplir la promesa que hice a mi madre.

— ¿Y por qué recurres a mí?

—Porque solo en este lugar puedo materializarme; más allá de esta colina, donde está mi tumba, no tengo poder alguno. Por eso debo confiar en tu ayuda, Scott.

— ¡No! —replicó el joven escritor—. Ignoro si todo esto es una

pesadilla, pero, ni aun en sueños, estoy dispuesto a ser el brazo ejecutor de tu innoble venganza.

—Te equivocas.

— ¡No puedes obligarme!

La gangosa risa del espectro volvió a retumbar por toda la estancia.

De pronto, la ventana se abrió con violencia y una nube de chillones murciélagos se precipitó en el interior, revoloteando alrededor de Gilbert Scott.

El joven agitó los brazos para apartarlos, pero los repugnantes pajarracos clavaron sus garras en él, inmovilizando su cuerpo hasta cubrirlo por completo.

— ¡No! ¡No!—gritó Scott.

A través de aquella masa negra y viscosa, Scott pudo ver, horrorizado, como los volúmenes alineados en las carcomidas estanterías salían despedidos en todas direcciones y se estrellaban contra las paredes.

— ¡Dios mío! —gimió.

La máquina de escribir se elevó hasta quedar pegada al techo como un gigantesco escarabajo.

— ¡Basta! —suplicó.

La náusea que le había convulsionado un poco antes volvió a acometerle con más fuerza, y un vómito acre y espeso salió de su boca para derramarse sobre los ratoniles cuerpos de los asquerosos quirópteros.

Uno de ellos, enloquecido, le picoteó en los ojos.

— ¡Basta! ¡Basta! —gritó, apretando los párpados para no seguir presenciando aquel horrible espectáculo.

De pronto, presintió que algo había cambiado en su entorno.

El aleteo de las membranosas alas de los murciélagos había cesado.

El silencio era impresionante.

Cuando al fin se atrevió a abrir los ojos, vio que todo había recobrado su estado normal. Los murciélagos habían desaparecido, la ventana estaba cerrada, y los libros y la máquina de escribir habían vuelto a ocupar el lugar que les correspondía.

El viento agitaba las ramas de los árboles, haciéndolas chocar unas con otras.

Gilbert Scott se incorporó, vacilante y confuso, e intentó hacer funcionar el atrancado tirador de la puerta.

No se movió.

— ¡Necesito salir de aquí! —exclamó.

Angustiado por la inutilidad de sus esfuerzos, golpeó la puerta con los puños.

— ¡Mills! ¡Mills!—gritó,

No hubo respuesta.

— ¡Maldita sea! —se enfureció—. Ese cerdo se ha atiborrado de píldoras para dormir y no puede oírme.

Tropezando con una silla, avanzó tambaleándose hasta la ventana. ¿Cómo no lo había pensado antes? Saldría por allí y luego entraría por el portalón posterior, que siempre estaba abierto. Tendría que pasar cerca de las tumbas, pero eso le inquietaba ya muy poco después del horror que había vivido en el interior de la estancia en la que todavía se encontraba.

Scott abrió la ventana, dispuesto a saltar al exterior. Pero algo inusitado le hizo vacilar.

— ¿Eh? —exclamó—. ¿Qué es esto?

Delante de él reinaba la oscuridad más completa; no esa oscuridad nocturna, que aun en las noches más oscuras permite ver vagamente las cosas y el paisaje, sino la negrura total y absoluta.

Pese a todo, decidió arriesgarse.

Pero en el momento en que se decidía a saltar, algo le retuvo por la ropa, mientras un aliento cálido y apesoso le hería en la nuca.

—No tengas tanta prisa, Scott —dijo la voz a sus espaldas.

— ¡Oh! —se estremeció el joven escritor, agarrado al borde de la ventana.

Preso de repentina furia, se revolvió como un animal acosado, dispuesto a saltar sobre el espectro que le había estado atormentado.

Pero sus puños solo encontraron el vacío.

—Nada puedes contra mí, Scott —habló la voz, que ahora parecía salir de la misma máquina de escribir.

— ¡Déjame en paz, maldito!

—Sí, no temas: prometo dejarte en paz. Pero cuando hayas cumplido tu parte del trato que vamos a establecer.

— ¿Un trato?

—Sí, Scott. Ya te he demostrado que puedo ayudarte, escribiendo en tu lugar el primer capítulo de esa obra literaria que te han encargado.

— ¿Fuiste tú?

—Sí, por supuesto. En realidad fue muy fácil.

—Cometí una estupidez al enviar esos malditos folios a mi editor. Pero todavía estoy a tiempo de...

— ¡No seas insensato! Eso sería renunciar a la gloria y el dinero; algo que carece de importancia para nosotros, pero que los que todavía os arrastráis por este imperfecto mundo ansiáis con todas vuestras fuerzas.

— ¡No me importa!

— ¿Estás seguro? —preguntó la voz.

Scott se quedó callado.

—Sabes muy bien que no tienes el talento suficiente para convertirte en un gran escritor. Esa fama que te han propuesto alcanzar, si es que consigues terminar tu obra, será flor de un día. Luego caerás en el olvido, sumido en la desesperación y la impotencia.

—Yo...

—Con mi ayuda, Scott, te convertirás en un gran escritor, en un literato famoso. Ya no tendrás que arrastrarte por las editoriales, como un gusano hambriento, mendigando una colaboración a tanto la línea. Serás tú quien imponga las condiciones.

—Pero...

— ¡Te ofrezco la riqueza y el poder, Scott!

— ¿A qué precio?

—Ya te lo dije: a cambio de que te conviertas en el brazo ejecutor de mi venganza.

— ¡No! —rechazó Scott.

El invisible espectro soltó otra carcajada.

—No te engañes a ti mismo, Scott. Puedo leer en tu mente como en un libro abierto.

—Yo...

— ¡No seas estúpido! ¿Qué puede importarte la muerte de un hombre a quien hace poco no conocías y con el que solo has hablado un par de veces?

— ¿Debo ser yo quien...?

—Sí, Scott.

—No; no puedo.

— ¡Sería todo tan fácil!

— ¿Y ella?

— ¿Te refieres a la muchacha?

—Sí.

—También debe morir, Scott.

— ¡No!

— ¿Por qué no?

—Es que yo... —vaciló el escritor.

—Sí, ya sé; has cometido la estupidez de enamorarte de ella. Pero solo es una mujer vulgar y sin ningún atractivo. Cuando seas rico y famoso, miles de mujeres, mucho más hermosas que ella, se disputarán tu compañía. ¿Por qué unirse a una sola, cuando puedes conseguir a todas las mujeres de este mundo?

— ¡No! —rechazó Scott, pero no con la misma convicción que antes.

—Sobre la mesa hay más folios escritos...

— ¡Los romperé!

—No; no lo harás, Scott. Significan demasiado para ti.

—Sería... sería como vender mi alma al diablo.

— ¡Bah!

— ¡Déjame en paz! Regresa a tu tumba y no vuelvas a atormentarme. No conseguirás convencerme.

—Eso ya lo veremos, Scott. Dudas todavía porque eres un cobarde. Pero no tardarás en entrar en razón. Y entonces, tú mismo me invocarás para que establezcamos el pacto que te he propuesto.

— ¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó Scott, cubriéndose el rostro con las manos.

De pronto, Gilbert Scott tuvo la sensación de que se había quedado solo.

Retiró las manos de su rostro y vio que la estancia estaba envuelta en la penumbra.

Se volvió hacia la ventana y pudo ver que todo era «normal». Una suave brisa mecía las ramas de los árboles y escuchó a lo lejos el retumbar del trueno.

Sobre el valle lucían las estrellas, pero en el horizonte, cerrados

por las colinas del otro lado del lago, se divisaban unas nubes tormentosas.

Scott se encaminó hacia la puerta y la abrió sin dificultad. En lugar de subir a su habitación, salió al exterior y entró en el cobertizo donde estaba encerrado el Bentley.

Entró en el vehículo y lo puso en marcha.

Poco después, habiendo descendido al volante del vehículo por la senda que contorneaba la colina, entró en la carretera que conducía al pueblo.

Había tomado una decisión.

Recordó que cuando estuvo la otra mañana en casa del juez Carley, este y su sobrina le manifestaron que estarían encantados de dirigirse a Marlow Hill para hacerle una visita.

«Nunca estuve en ese maldito lugar —dijo el juez—. Todos mis antepasados están enterrados en el cementerio de Whiteland».

«¡Oh! —había exclamado Caroline—. No creo que el cementerio sea lo único notable que hay en Marlow Hill.»

No precisaron la fecha de su visita, pero Scott estaba seguro de que se produciría de inmediato.

Tal vez al día siguiente.

—Si los Carley se presentaban en el monasterio, aquella horrible «cosa» los tendría en su poder.

Ellos mismos se meterían en la boca del lobo, facilitando así la terrible venganza que el hechicero había maquinado desde su tumba.

Solo unos días antes, Gilbert Scott hubiera considerado completamente absurdo que un hecho de tal naturaleza pudiera suceder.

Pero ahora...

— ¡Tengo que evitarlo! —exclamó, mientras tomaba una de las curvas del camino a toda velocidad.

No podía escuchar el fragor de los truenos, pues llevaba las ventanillas cerradas, pero sí pudo ver la cárdena claridad de los relámpagos que, a cortos intervalos, rasgaban las tinieblas de la noche.

«Si Caroline y su tío vienen a visitarme —pensó Scott, obsesionado—, se pondrán al alcance de los poderes de ese horrible ser. Entonces, aun en contra de mi voluntad, me convertirá, en cierto modo, en el cómplice de ese asesino de ultratumba.»

Sabía que el juez Carley frecuentaba todas las noches “La Comadreja Alegre».

— ¡Ojalá aquélla no fuera una excepción!

Sería mejor hablar al juez a solas para evitar que Caroline se asustara.

Sin embargo, no iba a resultar demasiado fácil hacer comprender a un tipo tan escéptico como Carley los motivos por los que debería

renunciar a su proyectada visita al monasterio.

Lo más seguro era que tomara a Scott por un loco de atar o por un estúpido.

Pero eso no importaba demasiado.

Con tal de que Caroline y su tío —especialmente Caroline—, permanecieran alejados de Marlow Hill, el resto le tenía sin cuidado.

La lluvia empezó a caer con insistencia en el momento en que el Bentley enfiló la prolongada recta que desembocaba en el pueblo.

El parabrisas no funcionaba y Scott, contrariado, tuvo que detener el vehículo a un lado de la carretera para intentar arreglar la avería.

Descendió, afrontando el viento y la lluvia.

Por fortuna, consiguió enderezar inmediatamente la varilla, que estaba un poco torcida, logrando que el tan necesario artilugio en aquellos momentos recobrara su utilidad.

En el pueblo, silencioso, brillaban algunas luces, tamizadas por la cortina de agua que estaba cayendo.

«Espero haber llegado a tiempo» —pensó.

En realidad, de haber podido adivinar lo que iba a ocurrir, hubiera juzgado preferible no haber llegado.

Un par de horas antes, el juez Carley había entrado en «La Comadreja Alegre» sin saludar a nadie, como tenía por costumbre, y se había sentado frente a su mesa preferida.

La clientela no era muy abundante y Nat, el propietario, le atendió enseguida.

También lo hubiera hecho aunque el local hubiera estado completamente lleno.

¡Menudo era su señoría cuando le hacían esperar!

— ¿Cerveza? —preguntó Nat.

—Whisky —gruñó el juez—. La cerveza que me serviste la otra noche estaba un poco agria.

— ¿Agria? —bizqueó el propietario de la taberna—. ¡No es posible, señoría!

— ¿Por qué no es posible, bergante?

— ¡Le juro que es de la mejor calidad!

— ¡Hum! Lástima que no estemos en un tribunal.

— ¿Por qué, señoría?

—Porque entonces, Nat, tendría la oportunidad de enviarte a galeras por perjurio.

—Ya no se envía a nadie a galeras, señoría.

—Sí —refunfuñó el juez—. Esto es lo peor de estos calamitosos tiempos: la Ley se ha vuelto demasiado blanda.

—Sí, señoría.

— ¡Menos zalamerías y limpia la mesa!

—Sí, señoría.

— ¿No va a venir esta noche el doctor Gowan a jugar la partida? —preguntó el juez, mientras el propietario de «La Comadreja Alegre» pasaba el extremo del mandil por encima de la mesa.

—Me temo que no, señoría.

— ¡No me irás a decir que está enfermo!

—No, señoría. Se trata de los Clennam, esos granjeros que viven al otro lado del bosque. Esperan un hijo.

— ¿Otro? —refunfuñó el juez—. ¡Es de admirar la obsesión que tiene la gente por aumentar el problema del exceso de población! ¿No tienen ya cinco?

—Seis, señoría.

— ¡Diablos! A este paso, esta maldita isla se convertirá en un lugar inhabitable.

—Sí, señoría; se hundirá como un barco con exceso de lastre.

El juez Carley, que solo encontraba graciosas sus propias ocurrencias, replicó con impaciencia:

—Bien, Nat, tráeme ese maldito whisky antes de que nos vayamos a pique.

—Sí, señoría —se puso en movimiento Nat.

En contra de lo legislado. «La Comadreja Alegre» permanecía abierta hasta altas horas de la noche, sirviendo a los parroquianos toda clase de bebidas.

El sargento Tower, jefe de la policía local y asiduo concurrente de la taberna, refrendaba con su presencia la irregularidad apuntada siempre que no estaba de servicio.

Pero, aun amparándose en esa circunstancia, para tranquilizar su conciencia, entregaba al entrar su gorra de plato a Nat para que la guardara debajo del mostrador.

Aquella noche fue bien acogido por parte del juez Carley, que vio así compensada la ausencia, por causas profesionales, del doctor Gowan.

—Síntese, sargento —le invitó el juez.

—Gracias, señoría —aceptó el sargento Tower, dejando caer sus voluminosas posaderas en la silla que estaba frente a la del juez.

Nat sirvió el whisky que el ex funcionario de la Corona había solicitado y la pinta de cerveza que, invariablemente, tomaba el sargento.

—Creo que va a llover —dijo el policía.

— ¿Cómo lo sabe? ¿Le duelen los callos, sargento?

—No, señoría. Pero las nubes se están amontonando sobre Whiteland y el viento sopla del norte.

Pese a las malas condiciones meteorológicas, la taberna se fue llenando de parroquianos.

Gracias a ello, el juez Carley y el sargento Tower encontraron compañeros para poder jugar su habitual partida de cartas.

Una hora después, el juez recogió sus ganancias —ganaba siempre — y se dispuso a marcharse.

— ¿Cómo es eso? —se disgustó el sargento—. ¿No nos concede la revancha?

—Otro día —respondió Carley—. No quiero que la lluvia me pille a mitad del camino.

— ¡Excusas! —exclamó el sargento.

— ¿Qué quiere decir?

—Que esa jovencita le tiene dominado, señoría.

— ¿Dominado?

— ¡Sin duda! Seguro que le ha hecho prometer que volvería a casa antes de las doce, lo mismo que Genicienta.

—No estoy acostumbrado a que nadie me domine —replicó el juez—. Lo que ocurre es que hoy no me encuentro muy bien, sargento.

— ¿Quiere que le acompañe?

—No, gracias.

El juez se dirigió al mostrador para pagar los tres whiskies que había bebido y luego cruzó la puerta para salir a la calle.

Estaba lloviendo.

— ¡Hum! —gruñó, subiéndose las solapas de la pelliza—. Ese gordinflón de Tower tenía razón.

Mientras caminaba por la acera, vio los faros de un coche que se acercaba.

— ¡Juez Carley! —oyó que le llamaban.

El coche se detuvo y Gilbert Scott descendió del mismo para ir al encuentro del juez.

La calle estaba oscura, pero la luz de un relámpago iluminó la escena.

— ¡No! —gritó el juez Carley cuando Scott se detuvo ante él.

Y con el rostro convulsionado por una mueca de terror, se desplomó sobre la mojada acera, mientras un fragoroso trueno retumbaba en las alturas.

Alguien gritó desde la puerta de la taberna, llamando a los que estaban en su interior.

Scott, aturdido, tuvo el extraño presentimiento de que no debía quedarse allí.

Dando media vuelta, subió al Bentley, cuyo motor había dejado en marcha, y se lanzó a toda velocidad hacia las afueras del pueblo.

Echó una rápida mirada hacia atrás y pudo ver a un grupo de hombres inclinados sobre el cuerpo inerte del juez.

La lluvia arreció, formando una densa cortina delante del parabrisas.

Varias veces estuvo a punto de salirse de la carretera; pero al fin consiguió llegar al sendero que trepaba por la colina y detener el vehículo frente al portalón de la entrada del pabellón.

Sin molestarse en encerrar el Bentley en el cobertizo, Scott penetró en el edificio y subió las escaleras que conducían a su habitación.

A la claridad de los relámpagos, consiguió encontrar su encendedor y una vela de repuesto que había en el cajón de la mesita de noche.

Tenía la garganta seca y entró en el lavabo para beber un poco de agua.

Buscó un vaso en la repisa y, al hacerlo, se vio reflejado en el espejo.

Un grito de espanto se escapó de sus labios.

El espejo no le devolvía la imagen que él esperaba, sino la de un horrible monstruo de ojos rojizos y de nariz carcomida; la de un ser horripilante, de cuya boca salía una baba verdosa y burbujeante.

La vela se escapó de sus manos, rebotando en el suelo.

Scott lanzó otro alarido y, como si una nube roja estallara en su cerebro, se desplomó sin sentido.

Mills, en el piso inferior, se despertó sobresaltado.

No había escuchado el grito de Scott, pero el tañido de aquella maldita campana retumbaba con más fuerza que nunca en el interior de su cabeza.

Ni siquiera bajo la lluvia que caía mansamente, el cementerio de Whiteland tenía un aspecto tan lúgubre como el de Marlow Hill.

Un gran número de personas, bajo los negros paraguas, se agrupaba alrededor de una tumba recién abierta.

El ataúd que contenía los restos del juez Carley esperaba para ser bajado al profundo hoyo que empezaba a llenarse de agua.

El reverendo Wosley, una vez terminada su oración fúnebre, hizo una señal a los sepultureros y estos, ansiosos de terminar su trabajo lo antes posible, hicieron descender el ataúd a la fosa.

Un sollozo se escapó de la garganta de Caroline, la sobrina del difunto.

—Calma, muchacha —la consoló el sargento Tower, que estaba a su lado—. Todos sabíamos que esto tenía que suceder.

Nadie relacionó la muerte del juez con la presencia en el lugar del escritor americano.

El doctor Gowan dictaminó que su convecino había muerto a causa de un infarto.

Terminada la ceremonia, los asistentes del sepelio se fueron retirando.

El sargento Tower utilizó su coche oficial para acompañar a la sobrina del muerto hasta el caserón, que hasta entonces había habitado en compañía del juez.

—Mi esposa vendrá a hacerle compañía —dijo al despedirse.

—Gracias —respondió Caroline con una triste sonrisa—, pero no es necesario.

—De todos modos, le diré que venga.

—Como quiera —aceptó ella, despojándose del negro sombrero que se había puesto para asistir al fúnebre acto.

Cuando se quedó sola, la joven se desplomó sobre un sillón, junto a la apagada chimenea, y se puso a llorar.

Lo primero que vio Gilbert Scott al abrir los ojos fue el rostro de la señora Flintwich inclinado sobre él.

— ¡Ya ha vuelto en sí! —exclamó la buena mujer con gran alborozo.

El doctor Gowan y Mills, que estaban cuchicheando en el fondo de la habitación, se acercaron presurosos al lecho donde estaba tendido el joven escritor.

— ¡No se acerquen! ¡No se acerquen! —gritó Scott, cubriéndose la cara con las manos.

Lo primero que se preguntó al recobrar la conciencia de sí mismo fue por qué razón no se apartaban todos de él.

La señora Flintwich incluso le sonreía.

¿Es qué no se daba cuenta de que él, Gilbert Scott, se había convertido en un horrible monstruo?

—Vamos, vamos, muchacho —dijo el doctor Gowan—, tranquilícese. Lo peor ya ha pasado.

— ¿Lo peor?

—Sí, señor Scott, ha permanecido dos días en estado de seminconsciencia. Le inyecté un estimulante capaz de hacer ganar el «Derby» a un caballo cojo, pero no reaccionó. Parecía como si usted se negara a salir de su postración y volver a la realidad.

—Yo...

—Nos dio un buen susto, señor Scott —intervino Jonathan Mills moviendo la cabeza—. Le encontré sin sentido en el lavabo hace dos noches. Precisamente, la misma noche en que murió el pobre juez Carley.

— ¿Cómo? —exclamó Scott—. ¿Dice usted que el juez Carley ha muerto?

—Sí, muchacho —respondió el doctor Gowan—. Sufrió un ataque al corazón, en plena calle, cuando salía de tomar unas copas de «La Comadreja Alegre». Ayer le enterramos.

— ¡Dios mío! —exclamó Scott.

—Es una lamentable pérdida, señor Scott, pero no nos cogió por sorpresa. El tío de Caroline estaba muy enfermo. Ni siquiera siguiendo mis consejos —cosa que nunca hizo—, hubiera vivido más allá de un

par de meses.

— ¡Oh! —volvió a cubrirse el rostro con las manos el joven americano—. Yo fui la causa de...

— ¿Cómo dice? —preguntó el doctor Gowan.

—Nada, nada, doctor —respondió con voz desmayada Scott.

¿Por qué iba a decirles que había sido él quien había provocado la muerte del juez?

El ataque que causó la muerte había sido producido por su aparición ante él, en medio de la noche, convertido en un ser monstruoso.

— ¡Ah! —exclamó—. Avram Finching se ha vengado.

— ¿Avram Finching?

—Sí —intervino Mills—; es el hechicero que está enterrado en el cementerio de este lugar.

— ¿Por qué dice que se ha vengado? —se extrañó el médico.

—Delira, sin duda —opinó Mills.

Y añadió, adoptando una actitud pesarosa:

—Creo que yo tengo la culpa de que el señor Scott se haya obsesionado por esa vieja historia; le conté que fueron los antepasados del juez Carley los que condenaron a la hoguera a la madre de Avram Finching y...

— ¡Qué tontería! —hizo una mueca el médico—. ¿Cuánto tiempo hace que ese Avram Finching está enterrado aquí?

—Más de cuatrocientos años, doctor.

—Aunque solo hiciera un par de meses, no hubiera podido salir de su tumba para vengarse de nadie. Además de esa maldita campana, tiene usted demasiadas fantasías en la cabeza, Mills.

—No es una campana lo que tengo en la cabeza, doctor —quiso puntualizar el guardián del monasterio—, sino...

—No importa, no importa —cortó el médico—. Es preferible no hablar de esas cosas. El pobre juez ha muerto por causas naturales. En realidad, estaba viviendo de milagro.

Scott no le contradijo.

¿Para qué? De haberles dicho que el hechicero le había utilizado como instrumento de su terrible venganza, le habrían tomado por loco.

En realidad, él no era responsable de lo sucedido. No tenía culpa alguna de que el espectro de Avram Finching le hubiera convertido aquella noche en un ser monstruoso para provocar en el juez el impacto emocional que le borró del mundo de los vivos.

— ¿Y Caroline? —preguntó.

—Está en su casa.

— ¿Sola?

—La primera noche le hizo compañía la esposa del sargento

Tower, pero ahora está sola.

— ¡No podemos permitirlo! —casi gritó Scott.

—Calma, calma, muchacho —intentó tranquilizarle el médico—. Esa muchacha es muy capaz de cuidar de sí misma. Además, ¿qué clase de peligro puede amenazarla?

No; no podrían entenderlo. Sería inútil decirles que la sobrina del juez sería la próxima víctima. Avram Finching no descansaría tranquilo en su tumba hasta haber completado sus siniestros propósitos.

—Voy a levantarme —dijo.

— ¡No! —dijo la señora Flintwich—. ¿Está usted loco?

— ¡Tengo que ir al pueblo!

— ¿Para qué? —preguntó Mills.

— ¡He de ver a Caroline!

—Comprendo que desee expresar su condolencia, señor Scott —dijo el médico—. Pero eso puede esperar.

— ¡No! —respondió Gilbert Scott, apartando las sábanas.

— ¡Hum! —dijo el doctor Gowan—. Tal vez será mejor que se levante. La señora Flintwich le preparará un poco de comida para que reponga fuerzas. Pero, en lo referente a esa visita a la señorita Carley, es preferible aplazarla.

Scott fingió conformarse.

—Salgamos de aquí —dijo el doctor Gowan a los otros—, y dejemos que el señor Scott se vista. Mañana, cuando se encuentre repuesto del trance que ha pasado, podrá visitar a la sobrina del juez. Aunque, a decir verdad, sería preferible que antes se pasara por mi consulta. Me gustaría averiguar las causas de ese extraño desvanecimiento.

«¡Nunca las sabrás, estúpido!» —pensó Scott.

El doctor Gowan tomó el maletín que había dejado sobre la cama.

—Vamos —dijo, empujando a Mills hacia la puerta—. De momento, nuestro joven amigo no necesita de mis servicios.

Cuando Scott se quedó solo, saltó de la cama y se puso en pie.

Sus piernas se negaban a sostenerle, pero hizo un esfuerzo para que estas le obedecieran.

Lo primero que hizo fue entrar en el lavabo y mirarse en el espejo.

El cristal reflejó un rostro pálido y demacrado, pero sin vestigio alguno de la horrorosa mutación que, dos noches antes, había provocado su desmayo.

Scott se lavó la cara con agua fría y luego se vistió.

Venciendo su temor, se obligó a sí mismo a mirar por la ventana para echar un vistazo a la tumba del hechicero.

Todo parecía normal.

La hiedra que cubría a medias la losa, aunque soplaba una ligera brisa, permanecía quieta, como petrificada, como si también estuviera muerta.

Algunas hojas amarillentas se desprendían de las ramas de los árboles, cayendo mansamente sobre las tumbas.

El sol de mediodía, tibio y otoñal, filtraba sus rayos a través del ramaje.

Scott se apartó de la ventana y salió de la habitación.

Antes de entrar en la cocina, se dirigió a su gabinete de trabajo.

— ¿Habrá sido todo una horrible pesadilla? —se preguntó.

De ser así, era evidente que la pesadilla no había terminado. Junto a la máquina de escribir, bajo el pesado cenicero, había varios folios mecanografiados.

¡Unos folios que él no había escrito!

Los fue leyendo, sosteniendo las hojas de papel con mano temblorosa. Era la continuación del primer capítulo, y su calidad literaria todavía superior a lo escrito anteriormente por el fantasma de Avram Finching.

Lleno de rabia, rompió las hojas en varios pedazos, arrojándolas al suelo.

Al instante, asustado de su acción, se quedó mirando fijamente la máquina de escribir.

Nada sucedió.

La «Underwood» permaneció quieta y silenciosa, indiferente a la angustia y temor que dominaban a su propietario.

Tampoco escuchó la voz; aquella voz que le había convertido en un muñeco sin voluntad y le había hecho entrar en el pavoroso mundo de lo desconocido.

¡Pero no podía fiarse!

Estaba seguro de que Avram Finching volvería a salir de su tumba para llevar a cabo la última parte de su venganza.

¡Caroline estaba en peligro!

Era necesario salvarla, apartarla de aquellos parajes malditos y conducirla hasta un lugar seguro, fuera del alcance del maléfico influjo del hechicero muerto.

La señora Flintwich se había esmerado en sus guisos, pero Scott apenas probó bocado.

—Coloque todas mis cosas en el coche —le dijo a Mills—. Me marchó.

— ¿Se marcha, señor Scott?

—Sí.

—¿A Whiteland?

—A Londres —aclaró Scott—. Y voy a llevarme conmigo a la señorita Carley.

— ¡Oh! —exclamó Mills, completamente desconcertado—. Comprendo que desee abandonar este lugar. Yo también me largaré de Marlow Hill cuando me jubile. Pero aún tendré que esperar varios años.

—Yo he decidido marcharme ahora mismo, Mills.

—No se lo reprocho.

Scott sacó varios billetes del bolsillo y se los alargó al guardián del monasterio.

—Tome —dijo.

—Gracias —los rechazó tímidamente Mills—, pero no es necesario. Ese tipo que vino de Londres nos pagó a la señora Flintwich y a mí por adelantado.

—No importa.

—De acuerdo, señor Scott —acabó por aceptar el guardián, guardándose el dinero.

Cuando le tocó el turno a la señora Flintwich, esta no hizo tantos remilgos. Se limitó a murmurar unas palabras de agradecimiento, mientras hacía desaparecer en el bolsillo de su delantal las diez libras que le entregó el joven escritor.

Así que la máquina de escribir y el resto de sus pertenencias estuvieron colocadas en el portaequipajes del coche, Scott estrechó la mano de la señora Flintwich y de Mills.

Al ir a abrir la portezuela del Bentley, el joven se volvió para echar una mirada al cementerio que esperaba no volver a ver nunca más.

Sin poderlo evitar, sus ojos quedaron clavados en la tumba de

Avram Finching.

La hiedra que cubría la losa sufrió una sacudida, como si en el momento en que Scott posaba su mirada en ellas, alguien, desde el interior de la fosa, intentara librarse del verde abrazo de sus ramas.

Scott no esperó más.

Entró en el vehículo, cerró la puerta de un golpe y dio la vuelta con mano nerviosa a la llave de contacto.

— ¡Buen viaje! —oyó gritar a Mills a su espalda, en el momento en que el vehículo arrancaba.

El Bentley empezó a descender por el sendero de la colina, cubierta en parte de matorrales y hayas.

«He de tener cuidado —pensó Scott—. Hasta que no haya llegado a la carretera, estaré bajo la influencia del ser que reposa en la tumba.»

El camino se le hizo interminable.

De repente, tuvo la desagradable impresión de que una y otra vez pasaba por el mismo lugar, como si el sendero, en lugar de descender, se hubiera convertido en un círculo cerrado.

—Debo dominar mis nervios— se dijo en voz alta.

Tal vez lo hubiera conseguido de no ser porque, de pronto, empezó a percibir en el interior del coche aquel desagradable hedor que tan bien conocía.

— ¡Dios mío! —exclamó.

A pesar de que él estaba pisando el pedal del freno, el coche aceleró su marcha.

A su derecha, los árboles y matorrales pasaban a gran velocidad; a su izquierda, la ladera de la colina se perdía hasta la orilla del lago.

Hasta sus oídos, a pesar del ruido del motor, llegó el tañido de una campana.

Agarrado al volante, sudorosas las manos y temblando de angustia, consiguió que el vehículo no se saliera del camino al tomar las encharcadas curvas del sendero.

Una masa negra, revoloteando como las alas de un enorme pájaro, se posó en el parabrisas, impidiéndole la visión.

Desesperado, en lugar de pisar el freno, hundió el pie en el acelerador.

El Bentley saltó hacia adelante como un caballo desbocado y, de forma inesperada, se encontró en la carretera.

— ¡Lo conseguí! —gritó—. ¡Te he vencido, Avram Finching!

Dos muchachas que pedaleaban en sendas bicicletas le sonrieron al pasar, y él agitó la mano a guisa de saludo.

Cuando entró en Whiteland, cruzó el pueblo a velocidad moderada y se detuvo frente a la casa de los Carley.

Una asombrada Caroline le abrió la puerta.

— ¿Usted? —dijo.

—Sí, Caroline —avanzó hacia ella Scott.

Había llegado el momento de las explicaciones. Pero Gilbert Scott, con esa impetuosidad y sentido práctico que a menudo se atribuye a los hombres del otro lado del Atlántico, empezó por el final.

Tomó en sus brazos a la muchacha y, atrayéndola hacia sí, la besó en los labios.

El avión que conducía a los Estados Unidos a Gilbert Scott y a Caroline estaba llegando al final de su viaje.

Los rascacielos de Manhattan les dieron la bienvenida, envueltos en la bruma matinal.

—Parecen fantasmas gigantescos —dijo Caroline.

—No me hables de fantasmas, querida —replicó Scott.

— ¡Mira! —exclamó entonces ella, apoyando el dedo en el cristal de la ventanilla.

—Es Liberty Island —le explicó él.

— ¿Por qué han colocado todo ese andamiaje metálico alrededor de la estatua?

—La están reparando.

— ¡Oh!

—Creo que amenazaba ruina. Hubiera sido una lástima que el signo de la libertad se hubiera venido abajo, ¿no crees?

Ella se encogió de hombros y le sonrió.

Scott inclinó la cabeza y murmuró en su oído:

—Bien venida a tu nuevo hogar, querida.

Caroline cerró los ojos y buscó los labios de él; fue tarea fácil encontrarlos porque los de Scott, presurosos, habían recorrido ya la mitad del camino.

Roger Scott había terminado su novela en Londres, en la habitación de un hotel de Piccadilly Circus, desde cuya ventana no veía lago alguno ni tampoco las tumbas de un cementerio medieval; solo las ventanas del edificio de enfrente, medio cubiertas por un gran anuncio luminoso que pregonaba las excelencias de una bebida tónica.

— ¡Bien! —dijo el señor Sturgeon, una vez examinado su trabajo—. Se aparta un poco del estilo del primer capítulo que me adelantó hace dos meses, pero casi lo prefiero.

—Entonces...

— ¡Lo ha conseguido, señor Scott!

—Me alegro de oírle decir eso, señor Sturgeon.

El representante de la editorial carraspeó.

— ¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo.

—Dígame, señor Sturgeon.

— ¿Por qué se marchó de una manera tan precipitada de Marlow Hill?

—El lugar era un poco húmedo.

— ¿De veras? ¡Hum! Lamento haber cometido el error de elegirlo. Pero me pareció el más apropiado para...

—No se preocupe, yo puedo escribir en cualquier parte. Lo que verdaderamente necesitaba era una musa.

— ¿Y la encontró?

—Tuve esa suerte.

—Sí, claro —sonrió Sturgeon, tal vez por primera vez en su vida—. La pregunta era del todo innecesaria.

Y colocó su mano, de uñas bien cuidadas y relucientes, sobre el original de la novela que Gilbert Scott había escrito.

Unos meses más tarde, el mismo día en que en todas las librerías de los Estados Unidos se exhibía el libro de Scott, en Whiteland, en tierra inglesa, pero cerca de la húmeda Escocia, Jonathan Mills le decía al doctor Gowan en la taberna del pueblo:

—Sucedió tal como se lo cuento, doctor: cuando aquella tarde crucé por el cementerio para dirigirme a cavar en mi huerto, advertí que la losa de la tumba de Avram Finching se había partido en cuatro pedazos.

—Tal vez fue un rayo...

—Lo mismo pensé yo, ya que el tronco del árbol que hay cerca de la tumba estaba chamuscado. Son cosas que ocurren. Pero lo que se aparta de lo común es que uno encuentre una enorme serpiente en el interior de una fosa que, lógicamente, solo debe contener un montón de huesos.

— ¿Y qué hizo usted?

—La maté con mi azadón, por supuesto.

— ¡Ya! —asintió el doctor Gowan, alzando el dedo para llamar la atención del propietario de «La Comadreja Alegre», en solicitud de otra jarra de cerveza.

—El bicho soltó un bufido, como expresando su rabia y su impotencia. Pero eso no fue lo más extraño del caso.

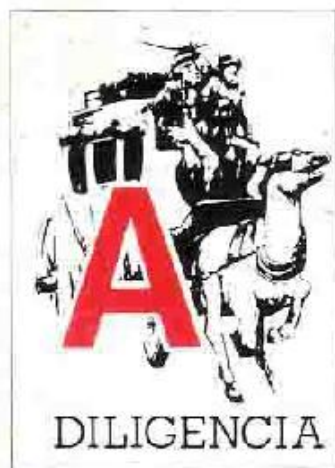
— ¿No?

—No, doctor. En el momento en que la serpiente dejó de mover la cola, yo dejé de oír el tañido de esa maldita campana. ¡Nunca más he vuelto a escucharlo!

— ¡Curioso, muy curioso! —dijo el doctor Gowan.

Pero, a juzgar por el tono en que lo dijo, era evidente que el siempre sediento discípulo de Hipócrates ya estaba pensando en otra cosa.

FIN



**LA COLECCION
DE LOS MEJORES AUTORES
Y RELATOS DEL WESTERN.
CADA SEMANA EN SU KIOSCO.**

P.V.P. 110 ptas.



Table of Contents

Título página

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18